

# LAS PERLAS DEL CORAZON



La Señora Baronesa de Wilson se dignará aceptar esta ovacion de su atenta amiga E. P. de Héguy, como prueba de expresion muy superior á la que suele emplearse para admirar el talento.

Santiago de Chile, Junio 26 de 1876.

Conforme á lo acordado por el Consejo de la Universidad en sesion del 23 del que rige, apruébase como texto de lectura, la obra compuesta por la Baronesa de Wilson, con el título "Perlas del corazon."

DOMEICU.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

Secretario Jeneral.

---

*Lima, Octubre 6 de 1876.*

A la Comision de Instruccion Primaria.

MORALES.

Señor Presidente :

La Comision de Instruccion Primaria, ha examinado el libro que la señora Baronesa de Wilson, desea se apruebe como texto de lectura en nuestras escuelas. La solicitud de la señora Baronesa de Wilson, debe ser favorablemente acogida y resuelta por el Consejo. Hay en el volumen titulado "Perlas del Corazon" elevadas miras en bien del progreso moral é intelectual de la mujer, sanas

*Comprado al Sr Antonio  
Rivadeneira el 31 de enero*

teorías y enseñanza provechosa, para asegurar la conservación del orden y de la paz, en el hogar doméstico. Puede por lo tanto autorizarse como texto de lectura, en las escuelas de niñas de la República.

Lima, Octubre 14 de 1876.

LUIS B. CISNEROS.

*Lima Octubre 16 de 1876.*

Conforme á lo acordado por el Consejo Superior de Instrucción pública en sesión de hoy, apruébase como texto de lectura, la obra escrita por la señora Baronesa de Wilson con el título de "Perlas del corazón," pudiendo en consecuencia adoptarse en las escuelas de instrucción primaria.—Regístrese.

LA ROSA.

RAIMUNDO MORALES.

Dirección general de Instrucción pública,  
Quito, diciembre 24 de 1879.

A la señora Baronesa de Wilson.

El H. señor Ministro de lo Interior é Instrucción pública, me dice lo siguiente:

El Consejo general de instrucción pública, visto el dictámen de la comisión encargada

de examinar las obras de la señora Baronesa de Wilson, que US. se dignó presentar con su estimable oficio de 11 de los corrientes y considerando que la intitulada "Las Perlas del corazon" es un conjunto de lecciones de sana moral y cultura, muy adecuadas para la educacion de las niñas y la que tiene por título "El camino de la Cruz" un relato de la Pasion y muerte de Jesucristo, presentadas con el suave atractivo que la autora sabe comunicar á sus estimables obras, ha tenido á bien aprobar una y otra, y autorizar el uso de la primera como texto de lectura en los colegios y escuelas primarias de niñas, y de la segunda en las escuelas de niños, satisfaciendo así el noble deseo de la ilustrada escritora, expresado por US. en el citado oficio."

Lo que comunico á U. para su conocimiento.

Dios guarde á U.

PABLO HERRERA,

---

"Señora Baronesa de Wilson.

"Muy respetada señora :

"He leído con sumo interes las tres obras: "Las Perlas del Corazon," "El Camino de la Cruz" y la biografia de Pio IX, que U. tuvo la amabilidad de enviarme: he recorrido

una á una todas sus páginas y debo asegurarle, que no he encontrado cosa alguna que sea contraria á nuestra santa fe católica, ni á la moral cristiana, ántes sí en todas ellas se revela el fondo de piedad y cristiana instruccion de su autora.

“Son obras que deben estar en manos de todas las personas encargadas de la educacion del bello sexo, y su lectura será un tesoro inágotable de instruccion y sólida virtud, pues las máximas de piedad y sana moral que contienen, son las mas apropiadas para formar los corazones de las hijas madres y esposas, segun la mision que la divina Providencia les confiara, al destinarlas á objetos de tan alta importancia para la sociedad.—Reciba U., señora Baronesa, los sentimientos de respeto con que tengo la honra de suscribirme atento y S. S.

VICENTE DANIEL PÁSTOR.

Quito, 2 de diciembre de 1879.

Señora Baronesa de Wilson.

Quito, diciembre 1879.

Muy estimable señora y buena amiga:

Con la grata y muy fina carta que U. se ha servido dirigirme con fecha 12 de los corrientes, he recibido adjunto un ejemplar de “Las Perlas del Corazon” cuya lectura me ha lle-

nado de satisfaccion, al mismo tiempo que he admirado los grandes conocimientos, el ingenio é ilustracion de su autora. Esta preciosa obra, asi como la de "El Camino de la Cruz" que U. se ha dignado dedicarme dándome una prueba indudable de la alta estimacion con que se sirve honrarme, son obras dignas de servir de texto de enseñanza en nuestro país, así como lo han sido en otras naciones cultas. Así pues no dudo que las obras de U. serán apreciadas como merecen, no solo por mi humilde voto, sino por el de las personas mas ilustradas de nuestra patria.

Al terminar mi contestasion, cumplo con el deber de dar á U. las mas expresivas gracias, por el honor con que se ha servido favorecerme y por el que desearia ir personalmente á agradecer á U. pero como no me es posible salir de casa, por falta de salud, he tenido que hacerlo por medio de esta, ofreciendo á U. mis consideraciones y aprecio, así como mi eterna grattitud.

Soy de U. atento amigo S. S. y capellan,

ANTONIO TOMAS ITURRALDE.

Obispo dimisionario de Ibarra.



# UNA PALABRA AL LECTOR:

814 WILSON

*Perlas del corazon* se llama el precioso libro en que la Baronesa de Wilson, ha consignado sus ideas y aspiraciones acerca del destino de la mujer, en el estado actual de nuestras sociedades.

¿No es verdad, lectores, que este título es tan delicado como ese sér, medio humano, medio angélico que veneramos desde niños con el nombre de madre, á quien más tarde llamamos esposa i compañera de nuestra vida?

El egoismo masculino lleva yá muchos siglos de una tarea larga y enojosa, consagrada á oscurecer á la mujer. Grandes ingenios han agotado su chistoso númen en arrojar sobre ella el ridículo; poetas esclarecidos han alzado contra su honra cantares que la denigran, como si todavía existiera en el mundo el culto de la Vénus pagana y por fin, teólogos ilustres y filósofos eminentes, recordando los nombres de la poética Eva que perdió al linaje humano, de Elena y Florinda, por quienes se perdieron Troya y la monarquía goda, echan en cara al sexo por excelencia hermoso y delicado, lo que solo es culpa de los hombres y sus extravíos.

Y sin embargo la mujer nos ampara en la cuna, nos embellece mas tarde la vida, nos ama con pasion, nos cuida en las enfermedades, nos llora al bajar á la tumba y conserva despues indeleble nuestra memoria.

Los hombres olvidamos facilmente, los sacrificios que debemos á la madre y á la esposa. El recuerdo de su abnegacion y ternura, se borra de nuestra alma, perdida en el torbellino del mundo; pero ellas no olvidan nunca; ellas guardan para siempre en esa dulce y santa religion de los recuerdos, la memoria del padre, del hijo, del esposo y del hermano. Ellas, cuyo destino es amar, cumplen su mision, mejor que nosotros; aman en vida y en muerte, son nuestras dulces amigas en la felicidad y en la desgracia, nos hechizan con sus encantos, elevan nuestra alma con la delicadeza de sus sentimientos, enjugan nuestras lágrimas, vierten rosas en nuestro camino, segun la expresion de Schiller, y por último, en la hora de nuestra muerte son el ángel de caridad, cuya mano nos muestra el cielo.

Si eso es la mujer ¿por qué entónces baldonarla? por qué en vez de arrojar sobre ella chistes baladies é insulsos, no la entonamos los hombres el himno del amor y la gratitud?

Los que emplean su talento en calumniar á la mujer, no merecen bien de la humanidad. Y lo peor es, que todos ellos son inconsecuentes y que á vuelta de página, un elogio arrancado á su pluma por la verdad los contradice del todo; los que un rato antes maldecian á la más bella obra del creador, la bendicen y la ensalzan despues, sin que el lector alcance á darse cuenta del porqué de esos baldones y esos elojios.

Lope de Vega, poeta como ningun mortal

y hombre de mundo y de raras aventuras, como que habia corrido la vida en todas sus situaciones y estados; que habia sido amante y esposo y por último militar y sacerdote, se burlaba de esos falsos enemigos de la mujer, pintando sus contradicciones en el siguiente bellísimo

### SONETO.

Es la mujer del hombre lo mas bueno;  
 Es la mujer del hombre lo mas malo;  
 Su dicha suele ser y su regalo,  
 Su muerte suele ser y su veneno.

Es vaso de bondad y virtud lleno,  
 A un áspid Líbio su ponzoña igualo;  
 Por bueno al mundo su valor señalo,  
 Por malo al mundo su valor condeno.

Ella nos dá su sangre, ella nos cria;  
 No ha hecho el cielo una cosa mas ingrata;  
 Es un ángel, y á veces una harpía.

Tan pronto tiene amor como maltrata....  
 Es la mujer, al fin, como sangría,  
 Que á veces dá la vida, á veces mata.

Sin duda estos versos no son otra cosa que una sátira. Ellos comprendian cuantos historiadores, poetas, teólogos y filósofos, han dicho en pró y en contra de la mujer; ellos expresan con sobrada elocuencia lo que amor y el despecho, ha hecho exclamar por muchos siglos á los hombres.

La señora Baronesa de Wilson, viene entre tanto á terciar en este solemne debate proclamando una gran verdad,

—Eduquemos á la mujer, dice y entónces verá el mundo loque ella vale, entónces comprenderá el hombre que la compañera que Dios le ha dado no es inferior á él, ni por la inteligencia, ni por las dotes del corazon; y que si no encuentra en ella nada mas que un ser acreedor, por su debilidad á su protección, es porque él mismo ha querido reducirla á un círculo pequeño y estrecho, del que no le permite salir.

Sí; eduquemos á la mujer, repite el que esto escribe, y los hombres del siglo XIX revelaremos al mundo que existe en la hermosa mitad de la especie humana, un tesoro que los siglos anteriores apenas entrevieron y cuyo valor comprenderán los siglos futuros.

Confesemos la verdad.

Los hombres tememos que la mujer meta la hoz en nuestro campo y que nos arrebatemos los laureles del ingenio y de la ciencia y por eso, la detenemos en su marcha hácia su perfeccionamiento y en el camino de los adelantos, á que debiera con justicia aspirar.

El que esto escribe tiene un verdadero fanatismo por la mujer, que á las gracias de su sexo, une las brillantes prendas del ingenio realzadas por el precioso esmalte de la modestia.

Hijo de una madre ilustre por sus talentos, puede asegurar sin temor de que nadie lo pesmienta, que esa mujer nunca desatendió

los deberes austeros de la madre y de la esposa, por buscar la gloria que á nacer hombre, habria sin duda codiciado con anhelo.

En vista de este ejemplo bien puede repetir con la Baronesa de Wilson:—Educad á la mujer, dejadla tomar vuelo á fin de que muestre lo que es.”—

La lectura del precioso ramillete de flores titulado, *Perlas del corazon*, nos á confirmado mas y mas en la idea que sobre la mujer teniamos por experiencia propia. No temamos darle las alas del saber, porque nacida para el amor y para el bien, ella cumplirá su mision, tanto mejor cuanto mas preparada esté para ella, por una instruccion sólida y una piedad profunda.

Demostrar esta verdad es lo que se propone la Baronesa de Wilson, en sus *Perlas del corazon*, obra llena de sábios y morales consejos y salpicada en todas sus páginas de ingeniosos y delicados pensamientos. *Perlas del corazon* son un verdadero amigo, cuyos consejos debian escuchar siempre las señoras para guiarse en todas las circunstancias de la vida social. El alma sensible y privilegiada de la señora de Wilson, ha derramado tesoros en las páginas de este libro, que aunque pequeño en el tamaño, encierra muchas verdades dignas de meditacion. El estilo es sencillo á la par que elegante y delicado, y la obra toda, una flor perfumada y galana, una perla de inestimable valor.

Santiago, Julio de 1876.

ENRIQUE DEL SOLAR.

## LAS PERLAS DEL CORAZON

Durante muchos días, hemos saboreado el precioso libro con que la señora Baronesa de Wilson, ha enriquecido las bellas letras. No se necesitaba ménos para admirar la belleza de las *Perlas*, que el corazón de la señora de Wilson ha depositado en cada una de sus páginas.

La autora se aleja ya de nosotros, no habrá por cierto, motivo para creer que una galante parcialidad nos pudiera hacer faltar á la justicia.

Nada queremos decir sobre la forma literaria del opúsculo; cuando admiramos el majestral pincel de Rubens ó nos estasiamos ante las virjinales creaciones de Murillo, bien poco nos llaman la atención ni la calidad de la tela que las carga, ni los adornos del marco que las encierra.

El lenguaje es castizo, el estilo tiene la sencillez por su mejor adorno. La inteligencia no se detiene ante los accesorios y sigue su marcha hácia el tema principal. Cuando se va de camino, no siempre es bueno detenerse demasiado ante las bellezas del tránsito.

Este libro importa un verdadero servicio á la sociedad. Educar á la mujer es darla el aire que necesita para su vida; hacerla respirar en la atmósfera de su natural sentimiento.

ento, es dar vigor á sus alas de ánjel, para subir á la altura á que la llaman la nobleza de su instinto y la delicadeza de su corazon.

Jeneralmente se ha tomado un mal camino en la direccion de la mujer; se ha partido de la instruccion para abrirle las puertas de la vida y se ha creido que un exajerado acopio de enseñanzas intelectual, debia serle la mejor garantia y el mas eficaz preservativo contra los escollos sociales; se ha dado una luz sobrado viva á su inteligencia y un timon sobrado frágil á su voluntad.

Léjos, muy léjos de nosotros la idea cobarde de vendar los ojos á la mujer y de negar la luz á su inteligencia; el sol se niega á las aves nocturnas y se brinda á las flores.

Pero convengamos en que el brillo violento de una instruccion importuna, ofusca y deslumbra no pocas veces las delicadas pupilas de nuestras *reinas* y las deja un lugar pobremente secundario para las tareas de su educacion. Si la ilustre autora de *Las Perlas*, permitiera que se escapara de nuestra pluma una frase de vulgar impertinencia, le diríamos que un hombre que piensa, un hombre que ha evitado el naufragio de los veinte y cinco y ha alcanzado la reflexiva calma de los treinta, reconoce mayor mérito, un mérito mas *práctico* en una jóven que sabe dirigir un puchero y afianzar los botones de una camisa, que en la que declama á Castellar ó se embarca con Victor Hugo.

Se ha dicho, y no es el sexo *feo* quien entabla la querella, que un novio es una fruta

difícil, que un matrimonio vale todo un acontecimiento. Es verdad, y confesamos el hecho con tanta mayor voluntad, cuanto que mas de una vez hemos podido lamentar sus causas. En nuestra sociedad se *ilustra* á las futuras esposas y madres de familia, pero no se las *educa*; se nos entrega á la mujer, como diria Gustavo Droz, llena de preocupaciones pesadas como adoquines, y el navegante, ó no se atreve á embarcar el fardo ó lo deja en la primera playa á que lo arrastre el cansancio matrimonial. El lujo, el paseo, el baile, estos son los elementos de educacion de que se echa mano para desmoralizar á nuestras simpáticas compañeras; y luego ¿habrá motivo para censurar á los que tienen la impertinencia de creer y probar, que tal mujer es tela inadecuada para cargar el augusto retrato de la esposa—madre?

No queremos hacer mérito de una segunda causa y por desgracia no de escasos ejemplos. Hable por nosotros la cantata:

La niña que con todos  
 La pava pela  
 Pasa la vida alegre  
 Pero . . . se queda.

Ponemos punto final: no queremos que Cármen y Julia y Carolina nos tachen de *antipáticos* ó *chinchosos*; yo no, lo será la cantata.

Dos obras representan, á nuestro juicio, los dos extremos de la ciencia de la mujer; *La mujer cristiana* del P. Ventura de Ráulica y *La mujer* de Severo Catalina. La mu-

jer elevada por el cristianismo á la altura del hombre, emancipada, ennoblecida por el fuego sagrado de la divinidad, ciñendo su frente con la aureola de vivos resplandores que irradia la Cruz: hé aquí la mujer de Ráulica; la noble compañera del hombre, la parte mas delicada de nuestro ser, el *pericordio* de nuestra sociedad, la reina de la hermosura que nos encadena con flores y nos fascina con sus miradas: hé aquí la mujer de Catalina. La primera es el ángel-mujer que el cielo regala á la tierra; la segunda es la mujer ángel que la tierra devuelve á los cielos.

Hemos entrado en el campo de los atrevimientos confidentiales y bogamos en el pleno océano de las confianzas atrevidas; permítanos una mas la autora de *Las perlas*. Muchas veces, sembrando franquezas para cosechar desdeñosos mohines de mas de un rosado lábio, hemos resumido en tres faces la verdader existencia de la mujer; soltera es inferior al hombre, su igual cuando esposa, divinizada y superior á él cuando madre. ¿Nos permitirá pensar que el exceso de ilustracion falseada y el defecto de sana educacion nos obliga, con lastimosa frecuencia, á creer eliminadas las dos últimas faces de la historia del bello sexo?

Pero la señora Baronesa de Wilson ha sabido comprender el sexo á que pertenece. Gran corazon, alma noble, sanas intenciones; este es el precioso libro titulado *Las perlas del corazon*, que ha venido á completar, á li-

gar los trabajos de Ráulica y Catalina, eslabonando en graciosa cadena á la mujer del cielo, al ángel de la tierra y á la compañera de la sociedad.

Valparaiso Agosto 7 1876.

( La Patria )



# DEDICATORIA

---

A LAS SEÑORITAS

JUSTA Y LEOPOLDINA CARRANZA MITRE.

---

“Las Perlas del Corazon” encierran la fiel expresion de mis sentimientos, de mis ideas y de mis deseos, con referencia á la mujer: á ella, pues, dedico este libro y en particular á dos hijas del hermoso suelo argentino, á quienes debo la mas cariñosa acogida, una hospitalidad franca, noble y espontánea y un cariño verdaderamente fraternal, que tanto consuela y anima al abatido espíritu, cuando el recuerdo de la lejana patria, llena de lágrimas nuestros ojos y de tristeza el corazon.

En esta dedicatoria se encierra pues, un sentimiento de amor para mi sexo: una muestra de cariñosa gratitud para dos amigas, tan queridas como inteligentes y discretas, quienes, tal vez encuentren en las páginas

de mi libro, algo que preste interes á su lectura, y que responda á las aspiraciones de su corazon.

Era yo muy jóven cuando escribí una obra la primera que me atrevía á dar al público, sin nombre que la protejiese y con la inexperiencia por faro, para conducirme á seguro puerto

Sin pretension alguna y con verdadero temor, entregué el manuscrito á los editores, que habian solicitado lo escribiese. ( 1 )

Apesar de su escaso mérito, obtuvo *El Almacén de las Señoritas*, gran acogida en Europa y América, haciéndose en breve una segunda edicion, otra tercera y por último hasta nueve, porque las esposas y las madres, lo tomaron bajo su proteccion y lo pusieron en manos de sus hijas, con la confianza de que encerraba máximas sanas y morales.

Un anciano y eminente escritor español, lo leyó al publicarse, y recuerdo que estrechandome la mano, me dijo : ( 2 )

“Hija mia, cultive U. desde luego este género de literatura, porque la educacion es la base de todo y mas vale ilustrar y enseñar, que escribir relatos inverosímiles que sirvan de perjudicial recreo.”

Seguí tan sabio consejo y publiqué en Paris algunos tomos de la Biblioteca de la Juventud, dedicando varias veladas á la educacion en general, y como para distraerme de

---

(1) La casa de Rosa y Bouret de Paris.

(2) Don Francisco Martínez de la Rosa,

otros trabajos literarios.

Parecíame, sin embargo, que también debía transmitir á la mujer, algunas nociones útiles en la carrera de la vida, y ser para mí sexo, la voz fiel, la amiga imparcial, y la consejera cariñosa: tal es el objeto de esta obra.

En algunos detalles, pareceré demasiado prolija, deteniéndome tal vez en los que sean mas conocidos; pero á mi entender, podrá ser utilísimo para esas señoras que habitan las capitales de provincia y que alejadas de los grandes centros sociales, desconocen con frecuencia sus costumbres.

No deslizaré mi pluma, rozando apenas en lo concerniente á los deberes de la mujer, sino por el contrario, profundizaré, á fin de ponerlos en relieve y hacer comprender extensamente, la misión á la cual, por naturaleza, sentimientos y condiciones especiales, está destinada.

He acariciado esta idea, con singular cariño, no dudando de que encontraré quien la apruebe, comprendiendo que en el terreno que me propongo invadir, descollará algun grano de trigo entre la paja, y por insignificante que parezca, puede dar abundante cosecha.

El pensamiento es bueno; el deseo que me impulsa y me anima, noble y digno, y el interés porque mi sexo ocupe el altísimo puesto que el estar eservado por su inteligencia y especiales condiciones, es inmenso; llenar el objeto que me propongo, es mi única aspiración, así como dejar un recuerdo gra-

to de mi estancia en estos paises.

Y vosotras, amantes amigas mias, á quienes hago la ofrenda de este libro, guardadlo como un ramillete de siempre vivas; ccnservadlo siempre, y cuando tal vez me encuentre léjos, muy léjos, de estas playas, recorred sus páginas y en ellas encontrareis la esencia de mi alma, las flores de un corazon, en donde habitareis eternamente.

Buenos Ayres, junio 8 de 1875.

LA AUTORA.





## EL POR QUE ESCRIBO.

Creo haber indicado en alguna de mis obras, que probablemente despues de mis primeros ensayos literarios, hechos para mi propia distraccion, no hubiese continuado perseverando en la literatura, si tres hombres ilustres, honra de su siglo y de las letras francesas y españolas, no me hubieran impulsado con sus sábios consejos y dado ánimo con su paternal solicitud: de ellos, dos, conocíanme desde mi mas tierna infancia: Alejandro Dumas y nuestro conocido literato y diplomático, Martinez de la Rosa: el tercero cuya amistad tenia fecha mas reciente, era Alfonso de Lamartine.

Muy jóven, casi una niña, pues contaba diez y siete años, escribí en Paris un artículo en francés, titulado: "La mujer de hoy" á consecuencia de otro publicado en Alemania y de la opinion emitida por Lamartine, concerniente al ya citado aleman.

En aquella época, habia yó publicado dos ó tres números de un periódico: "La Revista del Nuevo Mundo," pero, sabido es, las dificultades que se encuentran en toda publicacion nueva, las cuales me entristecian hasta el punto de pensar en suspenderla. Llegó un sábado: por la noche recibia el au-

tor de *Elvira*, y yo no faltaba jamás con asombro de algunas personas, quienes no comprendían encontrarse una niña, nada que pudiera alhagarla en la compañía de algunos ancianos senadores, del ilustre poeta, ya de edad madura, y de dos personas más: su esposa y su sobrina, la canonesa Valentina.

Paréceme estar viendo aquella sala, severa como sus habitantes y situado en el piso bajo de una casa de la calle de la Ville del Evêque, en un pabellon, en el fondo del patio.

Un precioso busto de *Grazziela*, colocado sobre un pedestal en uno de los ángulos, parecía animar el cuadro recordando aquel poético tipo, uno de los más bellos episodios de la vida de Lamartine.

Sobre la chimenea, se admiraba un reloj de marmol blanco, esculpido por la ilustre esposa del poeta, de la cual el superior talento artístico, igualaba á su recto y notable criterio literario.

La canonesa era entonces joven, pero también de elevadísimas condiciones intelectuales, y seria y reflexiva por naturaleza; ella es quien hoy sobrevive y lleva el glorioso apellido del ilustre cantor de las *Meditaciones*.

¿Por qué al evocar estos recuerdos, me siento invadida por una profunda tristeza? ¿por qué al levantar los ojos de estos renglones, fijándolos en las inquietas ondas del Plata, (1) que desde mis balcones contemplo,

---

(1) En El Hotel Argentino Buenos Aires.

están inundados por el llanto? Esas cien banderas que señalan las nacionalidades y que ondean en los bergantines, fragatas, barcas y barquichuelos, fondeados en el extenso puerto, traen á mi memoria á la caduca Europa, en donde está mi patria, en donde viven mis padres! tal vez será el motivo de mi repentino desaliento, ó tambien que como un vasto panorama, pasan ante mis ojos, los tranquilos años de mi infancia; mi primera juventud; las cortas horas de alegría; las amarguras ó las esperanzas; los dolores y los sueños del poeta, las decepciones y desencantos de la vida humana ¿quién no las ha tenido? el ayer, el hoy, brindándome la única dicha, la del hogar doméstico, en el tranquilo santuario de la afeccion mas pura, mas desinteresada y mas santa, que existe; en la intimidad del corazon.

Pero, reanudo mi relato, del que me apartaron la multitud de pensamientos que se agolpan á mi imaginacion y que van á perderse en lo insondable del porvenir.

Pensativa y triste, estaba yo, la noche del sábado á que me refiero.

Apénas habian pasado algunos meses desde que la muerte, me arrebatara al compañero elegido por mi corazon, y ansiosa de consuelo, procuraba encontrarlo en la carrera literaria, me preocupaban los primeros pasos y temia ver deshojarse, las flores de mis ilusiones.

Escuchaba y permanecía callada, hasta que mas tarde llegó mi madre, y poco des-

pues se retiraron los tres senadores, permitiéndome comunicar mis dudas y vacilaciones.

—He leído, me dijo Lamartine, con la gravedad que le era característica—su artículo de U. “La mujer de hoy” ¿es posible que, si una niña ha escrito esos renglones que señalan nuevos horizontes para su sexo, no tenga en sí propia la fuerza de luchar, como muger y como española? Usted manifiesta el deseo de que la muger se ilustre, para que pueda crearse en caso de desgracia, una posición horrosa é independiente, y no tiene el valor de ponerlo por sí misma en práctica?

Aquellas palabras decidieron de mi porvenir; no vacilé en seguir el camino emprendido, y con fé y entusiasmo rogué al eminente poeta, me permitiera traducir para mi periódico, sus estudios literarios.”

Al dia siguiente recibía los artículos publicados y la siguiente carta:

“Señora Directora de la “Revista del Nuevo Mundo.”

“ Amiga mia :

“Tengo la mayor satisfaccion de remitir á U., para la revista que bajo su direccion empieza á publicarse, mis estudios literarios así como puede tomar de mis obras, todo cuanto crea conveniente para su periódico: Los jueces mas benévolos, y podré creer los mas competentes, para juzgar la literatura

européa, son hoy los hijos de la América del Sur, pues existe una afinidad de ideas en nuestros mútuos recuerdos, entre la América española (hoy estados libres), el Brasil y la Francia, que nada podrá borrar.

“Hemos bebido en las mismas fuentes griegas y latinas, la civilización literaria; tenemos idénticos antepasados, y á través la distancia, no olvidamos pertenecemos á la misma familia.”

“Yo creo en la democracia de los derechos: pero también creo en la aristocracia de las ideas y sentimientos: la nobleza se alberga en los países de la América del Sur; el honor, antes que el oro, es su bandera. Lo primero de este lema caballeresco, dá por resultado el heroísmo: lo segundo, únicamente la opulencia: las convulsiones políticas agitan aun á esos pueblos, pero mas consolidados sus gobiernos, les está reservado un brillante porvenir. La opulencia y el oro, son dioses de un día; el espiritualismo y el heroísmo son dioses inmortales.”

“Mi corazón y mis ideas simpatizan con los americanos, y si fuera mas jóven, iría á combatir con ellos, si necesario fuera, para sostener sus derechos.

“Usted escribe para el Nuevo Mundo y deseo trasmita mis pensamientos y mis deseos”

“Me reitero de usted con la mas distinguida consideración, su amigo

*Lamartine.*”

Al día siguiente de recibir esta carta, llegó á mis manos otra, con el sello de Villers Cottêrets: era de Alejandro Dumas; habia recibido mi periódico y me escribía lo siguiente:

“ Felicito á U. por su idea, amiga mia. El nombre del periódico, me es simpático en extremo, y los habitantes de la América del Sur, que hablan el idioma de Cervantes y de Calderon, hace tiempo poseen mis simpatías: cuente usted con mi colaboracion, tanto mas, cuanto que la ventaja será para mí, pues mi prosa ganará al ser traducida al bellissimo idioma castellano, propio para los dioses y los héroes.

“ Disponga usted, como guste, de mi pluma y se reitera su afectisimo amigo

*Alejandro Dumas.”*

La pequeñez de mi nombre se encontró protegida y amparada por el de aquellos colosos de la literatura, y trabajé sin descanso; nada me arredraba y aun las dos ó tres horas que destinaba al sueño, me parecian instantes preciosos robados á mis estudios y á mis producciones; recorriendo los espacios sin fin de la vida intelectual, he pasado los años que van trascurridos desde entonces: mis lágrimas ó mis sonrisas, mis impresiones entusiastas y juveniles, se revelan en mis obras: los acontecimientos me impulsan á escribir y expreso lo que siento: es una necesidad del corazon, recorrer, aun cuando sea

en alas de la imaginacion, las ciudades, las selvas, los montes, los senderos, las playas, las islas, los jardines, de estos edenos cautivos entre horizontes de ópalo y oro, y sembrar con profusion mis sentimientos: la inaccion me anonada: el cambio de regiones, de sol, de espacio, de costumbres, de atmósfera, es la luz para mi alma; es la inspiracion, sin formas tal vez, pero rica de verdad y sentimiento.

El cielo, las brisas, las tormentas, los vientos que embravecen las olas del mar ó de los rios, son las misteriosas palabras, el elocuente lenguaje de lo infinito, que despierta en mí el entusiasmo y el deseo de expresar lo que del corazon sube á los labios,

Por eso escribo: la pluma es mi amiga, mi compañera inseparable y con ella transmito mis pensamientos: ella pues es mi intérprete, al dar al público "Las perlas del Corazon."





## PROLOGO.

---

### La mujer.

Hace algunos años que he dedicado mi pluma, mi pensamiento y mis aspiraciones á desarrollar en la mujer el deseo de instruirse, por que su educacion descuidada influye poderosamente en el porvenir de las familias en la felicidad doméstica y en los intereses generales de la sociedad.

Mas que nunca, estoy dispuesta á continuar por el camino emprendido, y si la forma que empleo no fuere todo lo profunda, florida y poética, que deseara, el fondo será útil y ventajoso, para la mas hermosa mitad del género humano.

Decia una ilustre amiga mia, orgullo de su patria y de las letras.—Gertrudis Gómez de Avellaneda—que la privilegiada capacidad de la mujer, necesitaba campos vastos é inmensos horizontes para su inteligencia, si habia de hacer la felicidad del mundo con los tesoros de su corazon.

¡La preocupacion no cede! Las corrientes de la tradicion continúan considerando á

la mujer como á un ser muy inferior; y en estos dias ha aparecido un libro de altas pretensiones científicas, tratando de probar, por medio de consideraciones sacadas de la fisiología que las mujeres deben retirarse avergonzadas ante la superioridad de sus señores, los seres del sexo masculino.

Perdóneme el sapientísimo fisiólogo.

Aun cuando sus atrevidas aseveraciones fuesen una verdad, en modo ninguno se deduciría de ellas la inferioridad de la mujer.

Cada sér tiene un fin que llenar en el mundo, y es muy poco científico comparar los unos con los otros, cuando son heteroejénos ó profundamente distintos. ¿No sería ridículo preguntar: “¿Cuál de estas dos cosas es superior á la otra; el pan ó el agua?” “¿Cuál de estos dos artefactos es inferior al otro: el lápiz ó la aguja?”

El pan es útil y el agua tambien: la pluma es necesaria y la aguja igualmente: pero ni el agua es superior al pan, ni el lápiz á la aguja, porque cada una de estas cosas tiene distinto fin. En la gran solidaridad humana, el hombre y la mujer se completan para todos los fines de la sociedad; y revela muy poca ciencia, y hasta muy poco buen sentido, el intento de hacer un libro fundado en comparaciones imposibles, de seres incomparables.

Sírvenme de consuelo, algun tanto, el respeto y la consideracion, que la mujer va alcanzando en algunos paises. En Schwitzá se han concedido derechos políticos.

las mujeres con aplauso y conformida de todos los partidos políticos. En Inglaterra los han pedido 18,000 señoras, y nadie se ha reído. Al cabo pues, de una larga série de siglos, puede hoy la mujer aspirar al cetro de la ilustracion y penetrar sin temor alguno por ese camino, en el cual, si bien encontrará algunas ridiculas, pero muy punzantes espigas, no por eso serán ménos perfumadas, bellas y purpúreas, las flores que puede recojer.

Sé que hay una obra de altas matemáticas, escrita por una mujer, por Mad. Willis, y que en España hay muy pocos profesores, capaces de estudiarla y entenderla. Hace poco ha muerto Mad. Sommerville, á quien era familiar la mecánica de Laplace. Tres señoras inglesas estaban cuatro años há, haciendo exploraciones en el interior del Africa. En Francia, hay señoritas, á quienes se encomienda las graduaciones de los instrumentos de precision. En Inglaterra, hace tiempo los telégrafos están á cargo de mujeres. En España, honran á las letras castellanas Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Concepcion Arenal, Fernan Caballero, Angela Grassi, la anónima autora de *El Hilo del Destino*, y tantas otras, admiracion de propios y de extraños. ¿No ha hecho una revolucion la autora de *La Cabaña del tío Tom*?

¿Por qué despreciar á la mujer? Edúquesela; que no sabemos todo lo que el mundo ganará.

Pero, demos que la mujer no sirva para las ciencias y las artes. ¿Por eso debeis mirarla como á un ser inferior? Demos que la pluma no sirva para coser; ¿por eso la pluma ingeniosa ha de ser inferior á la utilísima aguja?

Nó: no es eso.

La mujer tiene un puesto social que el hombre no puede disputarle sin absurdo y sin visible tiranía.

La mujer es el alma del hogar.

Es el puerto en donde el hombre busca refugio y consuelo, en las tempestades de la vida; ¿cuál no será su influencia, cuando, rotos los diques levantados por la preocupacion, se eleve á espacios mas dignos y ménos superficiales? A la mujer no pueden, no deben ser vedadas las artes: le son indispensables, en el actual estado del mundo; la geografía, los elementos matemáticos, la física, la química, y muchas de las demas ciencias naturales. Con una ilustracion ménos limitada, sería, no solo la compañera del hombre y su igual para la educacion de los hijos en el hogar doméstico, sino su hermana, su consejera y su cariño. ¿Por acaso la belleza física, realzada por estensos conocimientos, perderia algo de sus brillantes atractivos? Nó: que si el tiempo marchita las gracias concedidas por la naturaleza, las del ingenio, las del talento y las de la educacion, vivirán siempre y se trasmitirán á los hijos y á los nietos.

Léjos de mí la exageracion; pero no veo el

porque en los tiempos que alcanzamos, si el hombre rudo tiene voto, á la mujer ha de negársele criterio y opinion suya propia, y derechos que la coloquen á la altura de su mision y de su dignidad en las clases sociales. ¿No puede la mujer, como hija, madre y esposa, llegar á ser un individuo de esos centros, en donde el hombre descuella por el estudio, por lo florido, por lo grandioso ó por lo útil? ¿Por qué la mujer no puede entrar en la senda de la laboriosidad intelectual, que, en un momento dado, la lleve á proporcionar con decoro la subsistencia de sus padres, sus hijos, ó la suya propia, cosa que hoy le seria casi imposible, puesto que pocos, muy pocos, son los caminos que no le están vedados? Al verse huérfana ó viuda, ¿por qué ha de dedicarse á un trabajo mecánico, con el cual, apenas si consigue atender á sus mas apremiantes necesidades? Esa es la emancipacion, nada exagerada por cierto, que nosotros deseamos, que defendemos y aconsejamos.

Si el siglo XIX está llamado á ser en la historia un astro de luminosos resplandores; si hemos visto en él pensamientos gigantescos y al parecer irrealizables, puestos en práctica; si el oscurantismo y la ignorancia, se hundan en las profundas cimas del olvido; si el vapor y la electricidad han centuplicado las fuentes de la vida, y han descubierto nuevos horizontes; si este siglo, tan grande, quiere ser la admiracion eterna de los siglos del porvenir, preciso le es comprender que la

mujer tiene, que reinar en la familia no como inferior al hombre, sino que por lo tanto, se le debe la ilustracion de su inteligencia, porque tal es su derecho, necesidad imprescindible de la sociedad moderna.

Pero ¡ay! ¡Cuanto queda por hacer! ¡Cuanta es la fuerza del error! ¡Cuanto penetran en las sociedades las infamias de los siglos, del pasado, y las terribles enfermedades de la historia!

Las tiranías á que hoy está sujeta la mujer son nada, comparadas con las horribles injusticias de la sociedad antigua; pero estas tiranías son sus restos infamantes.

Antiguamente la mujer, no era una persona, era un mueble, era una cosa que se podia vender y destruir; y todavia, ¡horror causa el decirlo! son muebles, son cosas, ¡son acaso algo peor! mas de 200 millones de mujeres en el mundo.

¿Quién no sabe que entre los babilonios, fenicios, tracios, mongoles y espartanos, era obligatorio en los hombres el servicio militar y en las mujeres los oficios mas infamantes!

¿Quién ignora que entre los armenios ya hubo algun adelanto, que los hombres eran dueños de su persona al cabo de algunos años de servicio militar, y las mujeres se podían ya casar, despues de vivir cierto número de años en la degradacion.

¡Ah! El matrimonio era un tormento,—del que todavia dura mucho—entre los antiguos habitantes de la India y de la Tartaria.

Los tártaros tenian amarrada con cadena

á la mujer, como á sus perros; todavia peor, porque al perro podian soltarlo, pero á la mujer nunca.

En la India, si la mujer se hacia vieja, el marido la mandaba matar, usando de su derecho.

Y si el marido se moria, su mujer mas querida,—caso de no ser todas sus mujeres—era quemada viva con el cadáver en los brazos. Y ¿por qué? Por que la mujer era un ser impuro, que no podia entrar en el Paraiso ( ó en su equivalente, segun las diferentes religiones ) como no muriera en honor de su marido.

Recuerdo que entre los antiguos partos, el hecho de matar un hombre á su mujer, á su hermana ó á su hija, era una accion tan indiferente como matar á un animal inmundo.

Los antiguos árabes cuando habia muchas mujeres en la tribu, mataban á las recién nacidas, y si esto sucedia en los pueblos de la bárbara antigüedad, ¿cómo calificaremos á los griegos y á los romanos, á quienes nos complacemos en llamar civilizados, atendiendo mas á sus obras que á sus usos!

Enseñaban en Grecia los filosofos que todo en el mundo procedia de dos principios: uno bueno y otro malo. El principio bueno habia creado el orden, la luz y el hombre; y el principio malo habia hecho el desorden, las tinieblas y la mujer. De aquí la mezquina condicion de la mujer en aquel gran pueblo de poetas, estatuarios y filósofos.

Pero, ¿y la antigua Roma? Allí, la hem-

bra del tigre, era de mejor condicion que la mujer.

Yo me he horrorizado al leer que cuando nacia un niño, lo ponian en el suelo á los piés del padre; si el padre lo levantaba para devolverlo á la nodriza, el niño tenia derecho á vivir, al ménos por entónces, pues siempre el padre podia venderlo ó matarlo; pero, si el padre lo dejaba en el suelo, el niño apesar de los gritos de la madre, era estrangulado, ó bien quedaba expuesto en el Velabrum, mercado que entónces habia de frutas y de queso, ó bien era arrojado á la llamada Cloaca máxima.

¡Que hombres aquellos! ¡Que infelicidad la de las madres de entónces!

El número de niños expósitos abandonados en el Velabrum, llegó á ser tan grande, que de ellos se formaron industrias espantosas; y todas las mañanas acudian allí unos raros industriales,—que se parecian á nuestros traperos,—á recojer los recién nacidos; á las niñas las criaban, cuando eran hermosas, y á los niños, cuando robustos, para formar gladiadores.

Quisiera acabar, pero el abismo tiene atraccion.

Habia entónces una industria, de que no quiero dejar de hacer mencion: la hechicería. Habia hechiceros que criaban á los expósitos del Velabrum; y cuando estaban en sazón, es decir, á los siete ú ocho años, hacian un hoyo en el suelo, donde cupiesen las criaturas, pero dejándoles fuera el cuello y

enterrados con solo la cabeza fuera, le esponian manjares y bebidas muy olorosas á poca distancia de la nariz, pero á donde no pudiesen llegar con la boca, y así los dejaban morir de hambre; porque el hígado y el corazon de un niño muerto de este modo, tenia grandísimas virtudes, y hasta poder para hacer milagros.

¿Cómo en aquellos tiempos las madres no morian de dolor?

¿No es verdad que si no se leyesen estos horrores en autores dignos de fé, tendria cualquiera derecho á creer que leia invenciones de crueidades imposibles?

Pues, cosas como estas han sucedido en la humanidad.

¿No tenia yo razon en decir que la hembra del tigre no pasaba en Roma, lo que la mujer con sus hijos?

Pues, lo peor del caso es que estos horrores subsisten todavia en pleno siglo XIX. Las georgianas, las circasianas y las mangle-rianas, mujeres las mas hermosas de la tierra, son vendidas aun para los serrallos de los turcos, y en algunas ocasiones la mercancía abunda tanto, que se venden las jóvenes de quince años á cinco rublos la pieza, á escoger. ¡Cinco rublos, es decir algo ménos que cinco pesos!

En muchos lugares de Rusia, todavia hace muy poco, cuando la mujer llegaba á cumplir cuarenta años, cesaba de ser esposa y madre de sus hijos, y si se quedaba en la casa, era tan solo en calidad de esclava de la

nueva mujer, y por lo tanto juzgada mas digna, del cariño de su señor.

Actualmente, en nuestros dias, en el Norte de América, en el país mas civilizado del mundo moderno, donde la mujer vale mas, mucho mas que el hombre, por su educacion y sus conocimientos, ha surjido una extraña secta religiosa. Segun la religion de los mormones, la mujer nace fuera de la gracia, y no puede ganar la gloria si un hombre no la santifica.

Hoy todavia la mujer es un ser abyecto despreciable en todos los países que adoran á Mahoma y que siguen las religiones de la India; como antes dije, 200 millones de mujeres, se consideran como cosas, en pleno siglo XIX.

Quizá hay cosas aún mas despreciables. El Coran autoriza al marido para que apalee á su mujer y para repudiarla, con tal de que le entregue previamente un gallo y dos reales ; Qué insulto !

Contra esta abyeccion no hay mas remedio que la educacion de la mujer; y para que la educacion sea un hecho, es necesario que la prensa hable, que donde quiera que haya un oido benevolente, se oiga la voz de la ilustracion de la mujer.

No es posible que hoy nos contentemos las mujeres, con los restos de la galanteria romántica de la Edad Media.

Mucho vale, reinas de la hermosura, presidir los torneos y otorgar el premio al vencedor, ciñéndole preciada banda á la anti-

gua, ó alargándole medalla de oro á la moderna. Mucho es que alentemos el amor de la patria y de la independencia, bordando los sagrados estandartes contra la media luna entónces, ó los de la Cruz Roja en favor de los heridos de ahora. Mucho es que ahora seamos consideradas en el hogar doméstico, que no nos separen de los hijos, y que éstos deban á nosotras las ideas de virtud y de hidalguia; pero el mundo no puede adelantar miéntras sea la ignorancia nuestro lote en la moderna civilizacion, y miéntras no tengamos la independencia necesaria para no temer los horrores de la miseria y las asechanzas de los vicios, por hallársenos vedados todos los medios independientes del vivir.

En esta inmensidad de restricciones que por todas partes cierran el paso á la mujer, es mas infeliz la pobre de la clase media que la pobre de lo que se llama pueblo.

La mujer del pueblo, esa admirable criatura, que, guardiana de su honra, esposa de un soldado, vive sufriendo mil privaciones en el interior de una humilde choza ó de un reducido sotabanco, se constituye á la par que en madre cariñosa y amante, en providencia varonil que alimenta y provee á las necesidades de sus hijos. La mujer del pueblo tiene doble mérito, pues que, careciendo generalmente de grandes recursos, puede sin embargo, hacer llevadera su suerte al laborioso artesano.

La mujer del pueblo suele hacer prodijios

logrando que en su hogar se alberguen la felicidad y el bienestar, y á veces la abundancia relativa por medio de milágras, de ahorro y prevision, que contrastan con su escasez y su pobreza; la mujer del pueblo inventa en una nada purísimos goces, y suele hacer mil veces mas dichoso á un pobre trabajador, que lo es quien mora en dorados palacios. Y es que para la mujer del pueblo, no están cerradas tantas puertas como para la infeliz que, nacida en cómoda cuna, languidece en la escasez, exigiendole todavía su posicion blanda para salir á la calle.

Y si tales resultados obtiene la mujer aun sin cultivar su inteligencia, ¿qué no podrá esperarse cuando con sólida instruccion pueda aspirar á legítimos triunfos por su talento, y cautivar con sus encantos físicos tanto como con los tesoros de su inteligencia? ¿Qué elevado puesto no podrá ocupar en el reino de la familia y de la sociedad, la que tan indisputable influencia ejerce en los destinos del hombre?

No: no podemos contentarnos.

La mujer tiene delante de sí horizontes infinitos, sendas sin término; mundos desconocidos; espacios vastísimos, en donde siguiendo los impulsos del corazon, el grito de su entusiasmo y la voz de su deber, poseyéndose de la sublime mision que puede cumplir, encontrará, no ese superficial y frívolo elogio debido á la belleza física, no el efímero aplauso que se prodiga en los salones, y que

á la mujer ilustrada halagan nada ó poco; no ese recuerdo de un instante que daja la mujer hermosa, engalanada con joyas y encajes; nó; la mujer debe tomar parte en la trasformacion del mundo y de la sociedad, y ver eternizadas las galas de su ingénio y las siempre—vivas de la instruccion en sus hijos y en sus nietos, y trasmitir de generacion en generacion, los adelantos de cada época y los progresos de cada civilizacion.

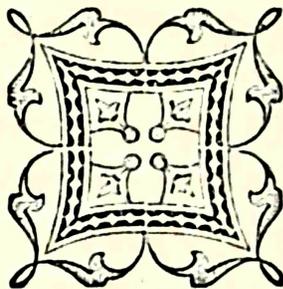
Esta será la mision de la mujer del porvenir.

Y, como ahora nos espanta la cadena de la mujer en la antigua Tartaria, y la pira de la mujer en la India portentosa, y el Velabrum de los romanos, y el niño muerto de hambre para que su corazon haga milagros.....del mismo modo, llegará un dia; acaso no lejano! en que el mundo se espante de la sujecion de la mujer de estos tiempos y halle oprobioso, las trabas puestas á su inteligencia.

Mi pluma no será bastante hábil para desarrollar en las "Perlas del Corazon" los vastísimos pensamientos que tiendan á consolidar el derecho que tiene la mujer para pretender una educacion extensa y profunda, pero con la fé y la moral por basé, procuraré inculcar en las niñas sus deberes; en las jóvenes el deseo de ser útiles; en las esposas y las madres, el respeto al hombre, pero al propio tiempo sin que padezca la dignidad de la mujer. Dése á respetar por su moralidad, por su virtud y por su talento,

XLII LAS PERLAS DEL CORAZON.

y será respetada y considerada; severa en sus costumbres, sabrá colocarse á la altura de su mision y ser para sus hijos la madre cariñosa y el preceptor inteligente.





## CAPITULO I.

### Los primeros albores.

#### I.

Estudiando las costumbres, las ideas y la historia de los pueblos, tanto antiguos como modernos, no podemos ménos de admirar á la mujer, en las diferentes circunstancias de la vida y la influencia inmensa que ejerce en el ánimo de sus padres, esposos ó hijos.

Pero, como ese poderoso influjo, puede ser la base del bien ó del mal, á la mujer le está destinada la gloria de modificar los defectos de carácter, ó desarrollar las virtudes, cuando en el sagrado deber de madre, emprende la educacion de esos seres tan queridos; de ella depende su porvenir y á ella se dirijirán las felicitaciones y recogerá el fruto de sus desvelos, cuando vea asegurada la felicidad de sus familias, y que las virtudes, valiosas perlas del corazon, se reflejan en su frente.

Han fijado la atención nuestras lectoras en esos jardines que recién cultivados y sembrados ni esparcen aromas, ni presentan otro aspecto que el de un huertecito insignificante? La naturaleza nada ha podido hacer aun, y los vivificantes rayos del sol, al vigorizar las diminutas plantas, parece que no obtienen todo el pronto resultado que esperarse debía. Pasan quince días, y si el ambiente primaveral ha mecido los tallos que empiezan á elevarse, la transformación será rápida, y espléndida la perspectiva. Aquí se verá una rama; los capullos medio entreabiertos empezarán no solo á esparcir suave aroma, sino á mostrar sus indescribibles colores; mas léjos, las fragantes rosas esbeltas y gallardas, parecerá que se inclinan cual si el astro rey de la creación, las hiciera ruborizarse con su ardiente influjo, los narcisos logran también cautivar por su embalsamado aroma; los claveles, las violetas, las graciosas lilas y mil pintadas flores, maravilla de la naturaleza, se ostentan satisfechas de su belleza, y atraen las miradas de aquellos que no se fijaban apénas en el humilde jardín, algunos días ántes.

Tal es el contraste que forma, y el éxito que obtiene, la cultura comparada con la ignorancia.

Los perfumes de la inteligencia seducen; la aridez aleja; una flor sin aroma tampoco alcanza la preferencia, porque es como la hermosura física, sin la moral y la intelectual.

Reservada le estaba al siglo XIX, la glo-

ria de que la mujer, comprendiendo hasta donde puede llegar cultivando su educacion, se lance por la senda que otras, escasas en número, pero grandes y celebradas, habian inaugurado en diferentes épocas, aun las mas remotas, y que se pierden en la noche de los tiempos.

Eran verdaderas excepciones; no así hoy, que gracias a la instruccion, puede la esposa y la madre, ser maestra de los pequeñuelos que con ella empiezan á desarrollar sus buenos ó malos instintos.

La ley de la naturaleza, la de los sentimientos, la del cariño, todo, en fin, impulsan á que la madre sea quien no solo dé vida al cuerpo con la sangre de sus venas, sino vida al alma con el rocío de la suya, vigor á la inteligencia y valor moral.

Despues de los primeros pasos y cuando en el hogar ha recibido el hombre y ha sembrado en su corazon las semillas del deber, del amor, de la virtud, de la lealtad y del respeto, cuando como las flores y con el vivificante y maternal cuidado, empieza á desplegar sus galas, entónces y solo entónces, le tocará su vez á los naestros, quienes encontrando el terreno fértil y bien dispuesto, podrán conseguir discípulos inmejorables, que brillen algun dia por su sabiduría, por sus extensos conocimientos y tambien por sus virtudes.

Los maestros no podrán ménos de convenir con nosotros, en que la familia es para la educacion la base mas sólida; pues sus cimen-

tos estriban sobre el amor á los padres y en los sentimientos que éstos inculcaron. ¡Cuanto puede allanar el camino de la enseñanza una buena é inteligente madre! Y si esta no es instruida, ¿cómo podra transmitir á sus hijos los principios de educacion?

¡Ah! considerando que la enseñanza, que la educacion profunda forma la sociedad, los estados, las instituciones y que todo depende de ella, cómo no hemos de consagrar nuestra pluma á desarrollar mas y mas la educacion en general?

Recorriendo los anales de la antigüedad, aun la mas remota, vemos á la mujer guiada únicamente por su instinto, procurar adelantarse á su época, y crear círculos, en donde á lo ménos se enseñaba á los niños á respetar á los ancianos, á amar á sus padres, y á huir de la maldad y del vicio. A la mujer se le deben en gran parte los adelantos de la sociedad, pues que hasta en las tribus salvajes, las madres impulsaban á sus hijos por la senda del deber, del valor y del heroismo, reservándoles como recompensa, una casta doncella que compartiera mas tarde sus penas ó alegrías.

En la decadencia en que los trastornos políticos han sumido á la enseñanza en general, vemos con lejítimo orgullo, que profesores, y en particular las profesoras, dignos apóstoles de la mision á ellas encomendada, se han impuesto una lucha verdaderamente titánica, para que en medio de las tribulaciones y de la tempestad que hace tiempo los

envuelve y los arrastra, como un buque desarbolado, se salve algo, y que al llegar al puerto, puedan levantar la frente, y mostrar los ópimos frutos de su constancia y de su aplicacion.

El magisterio es un sacerdocio, pero de tal importancia, que debia considerarse como el primero y dia llegará, y tal vez no esté muy lejano, en que nuestro combatido país convencido de esta verdad, apoye con todos sus esfuerzos á aquellos que como nosotras se declaren campeones de la instruccion y enarbo- len la bandera que lleva por lema : *Apoyo para la primera enseñanza.*

Ni el hombre ni la mujer, han venido al mundo para vegetar en el ocio, y para no ser útil ni á sus semejantes, ni á sí propios, y acaso, ¿podrán ocuparse del bien público, si para ello no han desarrollado su intelijencia? Nó; la sociedad infantil será mas tarde la que componga la familia y el Estado, y la generacion llamada sin duda alguna, á esparcir por el universo las luces del siglo XIX perfeccionadas, y que como los rayos del astro del dia, penetren hasta los rincones mas apartados del globo.

Nada de esto podrá conseguirse, si no se desenvuelven los conocimientos humanos, y en el hogar doméstico, y en el seno de las familias, es donde particularmente debe darse mas ensanche á la educacion.

¿Cuál es la causa de que veamos tantas jóvenes frívolas ocupadas de bagatelas, que mas tarde al tomar estado tendrán que a-

bandonar? La falta de sólida instruccion. ¿Podrá ser buena esposa, buena madre, la que no haya estudiado sus deberes, su mision y la grave responsabilidad que tiene ante sus hijos y ante el mundo? Nó; debe acostumbrársele á la niña, que no considere como un juego la educacion, que no mire en ella solo aquello que halague su vanidad, y por medio de los consejos y de la persuacion hágasele comprender, por sus padres ó sus profesores, que de la instruccion depende su felicidad y su porvenir.

Mayores aún, si bien en distinto concepto, deben ser los esfuerzos para apartar al niño de esas ideas que le llevan mas tarde á creerse un sabio, siendo nada mas que un ignorante; á figurársele, puede desempeñar altos cargos políticos, cuando apénas si saben ser jefe de su casa y de su familia.

Los profesores de primera enseñanza deben inculcar en sus discípulos esta máxima tan sábia como útil: *El hombre jamas concluye su educacion, pues cada noche registrará en su memoria, que ha adquirido un nuevo conocimiento.*

Tales son los maestros que deseamos. aquellos que realmente instruidos, puedan enorgullecerse mas tarde de haber contribuido con sus desvelos ó con sus estudios, con sus luchas, con sus decepciones ( que no dejarán de encontrarlas ), dar á la educacion el jiro profundo que debe tener, no dejándose abatir ni aniquilar por' la fuerza de las circunstancias, ni por los obstáculos, que á

su paso pueden encontrar.

En mis largos viajes, he visto hechos que han sido excelentes lecciones: he frecuentado desde las reuniones de la mas alta aristocracia, hasta las sencillas y modestas del laborioso artesano, así como me he sentado con verdadera satisfaccion, en el hogar del labriego, cuando en las pesadas noches de invierno, rodeado por sus hijos, y con la compañera de su vida al lado, procura inculcar con sus sencillos razonamientos, el amor al trabajo, el respeto á los ancianos, y la urbanidad para con todos, convenciéndome en cada círculo, de que es la base para que el individuo forme parte de esa gran familia que se llama la sociedad, la educacion.

Las buenas costumbres se adquieren con el buen ejemplo y desde la edad mas tierna, porque si un niño crece acostumbrado á conducirse mal, camina hasta el precipicio y del mismo modo que el torrente, se precipita en el mar.

La vida y las virtudes de los jefes de una familia, es el libro en donde estudian sus hijos, para los que deben ser severos, pero afectuosos al propio tiempo, á fin de alcanzar les ámen y respeten, pero no les teman.

¡Cuántos padres hemos visto que creian consistia la educacion de los niños en castigarlos rigurosamente! Es el mayor error.

La indulgencia y la bondad, pueden, siu dejar pasar defecto alguno, alcanzar grandes resultados.

Los principios de urbanidad, son indispen-

sables para hacerse amar y debe observarse con superiores é inferiores, pues que todos merecen interes y cortesanía, particularmente los últimos, que por su posicion deben obedecer y callar.

El amor al trabajo, es otra de las principales bases de la educacion, porque siendo la laboriosidad el primero de los deberes, hay que hacer de él una segunda naturaleza. En un corazon tierno é infantil, es fácil sembrar las semillas que deben dar por fruto, la nobleza, el honor, la virtud y la aplicacion, que en momentos dados creen un porvenir.

Reyes y príncipes esclarecidos, hemos visto, entre otros Luis Felipe y Napoleon III, recurrir en la desgracia y en la emigracion, á su trabajo intelectual, para buscar la subsistencia, con fé y resignacion; ella es el consuelo en la adversidad: y el corazon que no alberga tan puro sentimiento, es un arrenal, un campo estéril que no produce ni perfumadas flores, ni sanos frutos, ni se presta á cultivo alguno; lazo fraternal, fuente de inefable alegría y compañera inseparable de la esperanza.

La fé es el cimiento de todas las virtudes y ella hace del niño el buen patricio el honrado jefe de familia, el hombre recto y pundonoroso; y de la niña, el ángel del hogar doméstico, la matrona, ejemplo de virtudes, amor conyugal, y el adorno de la sociedad. Debo estenderme en estos detalles, para que cada uno de por sí forme el todo de los deberes de la mujer, dispensándome las madres si

repito, que al sentar sobre sus rodillas á esos querubines lazos de flores del matrimonio, y consuelo y ventura de los padres, observen sus tendencias, sus inclinaciones y su carácter, en un gesto en una palabra, en un movimiento, que los revele.

En algunas amarguras de mi vida, en que la realidad de un acontecimiento, ha dejado mi corazón vacío, helado y sin ninguna de esas ilusiones que son la vida del alma, he buseado la esperanza y la fortaleza, en las ideas que mi virtuosa madre habia grabado en mi pecho.

Ojalá que al trasmitirlas, sean tambien un bálsamo que consuele y una semilla fructífera y que los esposos al recorrer estos renglones, comprendiendo su objeto, los depositen con entera confianza en manos de sus familias, desde la mas modesta, á la mas elevada.

Cuando una niña llega á la edad de diez ó doce años, instruida ya en sus deberes filiales, en la obediencia, en la sencillez y en la modestia, debe una buena madre empezar á preparar su inteligencia, para que algunos años despues, pueda presentarla en sociedad, adornada con todas las bellezas morales, mas duraderas, mas apreciadas, y mil veces preferidas á las bellezas físicas.

Una madre debe fijarse, sobre todo, en las tendencias del carácter de su hija, como ya hemos dicho y ántes de formar á la jóven de buena sociedad, cuidarse que tenga todos los conocimientos necesarios para el buen ór-

den, economía y gobierno de su casa: formar la mujer, primero para la vida íntima, despues para la sociedad. La instruccion es hoy ya indispensable en nuestro sexo, una instruccion sólida, para que pueda ser mas tarde la niña, una buena madre de familia, sin olvidar acostumarla á toda clase de trabajo doméstico, pues de lo contrario, si no posea una gran fortuna ¿cómo podrá mandar á sus criados y velar por sus intereses?

Vemos familias, en cuyas casas, á pesar de la escasez de medios, reina bienestar y no se carece de lo necesario, debido á la prudente direccion de la que no solo es dueña de ella, sino responsable de los desórdenes que se adviertan y que conducen á la ruina, despues de los disgustos que proporciona un régimen, que no esté de acuerdo con las reglas de economía, necesarias aun en los casos de disfrutar pingües rentas.

## II.

Una jóven debe aprender á distribuir el tiempo par sí y para sus criadas, á llevar las cuentas del gasto diario, para estar al corriente de las necesidades de la casa, acostumbrándose sobre todo, á no desear mas de lo justo, ni á envidiar la alta posicion de los demas, motivo muchas veces de graves faltas y de la desventura y la intranquilidad. La providencia reparte sus dones con profusion, pero tambien tiene sus elegidos,

en los que desean ver laboriosidad, resignación y la alegría, que proporciona una vida modesta, sencilla, y en la que satisfecho cada uno de los individuos que forman la familia, se afanan solo por cumplir, en su esfera, con los deberes que les están encomendados.

Pero, si una alta posición social y una gran fortuna, sonrien desde la cuna, entónces ¿qué placer puede compararse al de ser el ángel de caridad, el apoyo de los pobres, el consuelo de los desvalidos?

Conozco una jóven, cuyos padres pertenecen á la primera aristocracia sevillana, tan bondadosa, tan caritativa, que su vida se desliza gozosamente ocupada en hacer limosnas y en enseñar á los hijos de los degraciados, reflejándose en su angelical semblante, la pureza y virtudes de su corazón.

¿Cómo es posible que la que alberga esas cualidades, la que ha tenido el buen ejemplo y excelente educación de su madre, no sea á su vez hourada y buena, cuando se vea rodeada de sus hijos?

Esos detalles de la vida doméstica, son los que debe aprender una niña, aun los mas minuciosos: saber mandar á los criados, para que no haya discusiones ni desobediencia, ser con ellos digna y no faltarles en nada para que no falten, y hacerse respetar sin adquirir fama de severa, mas que para el cumplimiento de sus deberes.

---

BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO-ECUADOR

**III.**

Largos años hace que Alemania camina velozmente, para colocarse á la cabeza de la civilizacion europea; tanto en política como en industria, es uno de los países mas adelantados.

No en menor escala, está desarrollada la base principal de ese bienestar, y de esa preponderancia que disfruta, la educacion de la mujer, tanto para la vida de familia, cuanto para la sociedad; siempre repetiremos que la compañera del hombre, es el diamante oculto en el hogar doméstico, una perla en su nacarada concha; el rocío vivificador que embellece la carrera de la vida.

Si bien en Francia la educacion de la mujer, es extensa y suficiente para que brille en el gran mundo y para desarrollar su natural perspicacia y viveza femenina, formando un ser espiritual y distinguido, con conocimientos generales, para que su conversacion sea agradable, dista mucho sin embargo, de tener la profunda instruccion, que posee una jóven en Alemania é Inglaterra y que la aleja de todo lo superficial, formando encantadoras criaturas para los salones é inmejorables para su casa. Dificilmente podrá hallarse un país, una poblacion, en que la mujer captive y seduzca mas, que en Viena, pues su conversacion encanta, por la profundidad de sus ideas, por su ingenio y donaire y sobre todo, porque en la jenerali-

dad, son un modelo de dulzura, bondad y orden en la vida íntima.

Una mujer, una jóven, debe someterse á los consejos paternos sin murmurar y sobre todo evitar herir el amor propio de nadie, desmentir, discutir, ni contradecir, y no hacer alarde de dominacion, que mas tarde acarrearán graves contrariedades.

La madre de familia debe cuidar de que si tiene mas de una hija, alternen por semana en el arreglo y direccion de su casa, cuiden de las llaves pues siempre es mas oportuno hacerse cargo de ellas, que dejarlas en poder de los sirvientes. La diligencia, el buen deseo y el esmero de la jóven, se verá recompensado con el cariño y la satisfaccion de los padres, que deberán emplear la dulzura, la persuacion y los ejemplos, para corregir los defectos, y no la severidad, ni el temor, por cuyos medios no logran hacerse obedecer ni amar, sino infundir miedo perjudicial y cortar la confianza y la cordialidad.

La madre y el padre deben preocuparse de las lecciones de sus hijos y fijarse muy particularmente en la eleccion de maestros, para que en vez de un charlatan ó una maestra presuntuosa y sin instruccion, sean inteligentes, sin vanidad, cuidadosos y de sanos principios, que transmitirán sin duda alguna, á sus discípulos, inculcándoles una sólida educacion, robustecida por el buen ejemplo y basada en los firmes cimientos de la fé y la laboriosidad.

## IV.

Debe acostumbrarse á una jóven, á no levantarse tarde, para cuando llegue la hora del almuerzo que este ya preparada, limpia, vestida, peinada y aprendidas sus lecciones.

El aseo, es una de las cualidades mas indispensables, saludables y útiles para la vida, pues conserva la frescura de la juventud.

Una mujer desaseada, aparece fea, vulgar y repugnante, aun cuando ostente lujosos trajes y esté dotada de la mas espléndida belleza.

Bañarse con frecuencia, conservar los vestidos sin manchas, ni arrugas, colocar su ropa en cómodas ó roperos y no dejarla nunca sobre la cama ó sillas, son detalles de gran importancia, pues el desórden es gravísimo defecto.

A una jóven, es preciso acostumbrarla á no tener rencor, ni envidia, á las demas; la envidia es una serpiente venenosa, que enjendra el ódio, la calumnia, la falsedad y todas las ideas mas perversas, por lo cual, debe corregirse ese defecto con toda energía.

Conocemos mas de una persona, á quien la envidia, no solo ha causado su desgracia, sino la de aquellos que la rodeaban, huyendo de su trato, cuantos albergan nobles sentimientos y un corazon leal y digno.

¿ Acaso el amor y la indulgencia para con nuestros semejantes, no es la virtud mas be-

lla, mas simpática y que demuestra mayor grandeza de alma? Dispensar los defectos de los demas, comprendiendo que nadie estamos exentos de ellos, es un deber, así como no imitar lo que nos parezca ridículo ó repugnante: por ejemplo; nada hay mas censurable, que el aspecto de una jovencita, que hace alardes de descaro y atrevimiento, aun cuando sea entre personas de su íntima confianza.

La compostura, el decoro, las buenas maneras, nos atraen las simpatias, pues, aun cuando elojian lo que llaman viveza, por no darle otro calificativo, la desenvoltura rechaza, separa á todas las personas sensatas, que prefieren, como es natural, la timidez pudorosa y la gracia sencilla.

Las jóvenes, deben tener presente, y se lo recomiendo á todas las madres de familia, que al caminar por la calle ó paseo, lo hagan sin volver la cabeza, ni hacer movimientos que demuestren petulancia, orgullo, pretension, ni coquetería, y sin que las miradas de los demas, su traje, sus maneras ó su conversacion, dé motivo á burla ó murmuracion, ni á ninguna clase de demostracion contraria á la buena educacion y á las fórmulas sociales establecidas.

La misma regla se observará en visita, sea en casa propia, sea en la agena, teniendo una jóven especial cuidado en no mezclarse en la conversacion, sin dirigirle la palabra, y en caso contestará con moderacion, sin énfasis ni exajeracion

Parecerá demasiado minucioso detenerme en lo que pueda ser tan conocido y que siendo reglas generales, están al alcance de todos, pero lo creo necesario para el objeto que me he propuesto, y nunca será ocioso fijarse en leer estos renglones, estudiarlos y hacer que las niñas y jovencitas, los recorran como un estudio preliminar de la vida.

He visto algunas veces, en diferentes círculos sociales, exponerse niñas de familia distinguida, exponerse digo, á la censura y al ridículo, por descuido de los padres ó porque éstos hacian alarde de un cariño mal entendido hácia sus hijos, pues que debe estribar principalmente en no exponerlos á cometer errores que les perjudiquen.



¿Cuál es el amor que debemos profesar á nuestros hijos? ¿aquel que por una senda, si bien algo difícil, puede conducir á la felicidad y asegurar nuestra dicha futura, ó el que efecto de la ceguedad paternal, deja crecer las plantas sin cultivo y á su libertad, sin impedir que se desarrollen torcidas y viciosas? Vale mas el que procura hacernos dignos del aprecio general, que aquel que orgulloso de la belleza física, descuida la moral, sin comprender que una flor silvestre por encantadora que parezca, aun que sus brillantes colores, nos recreen y seduzcan, por mas que su gallardía y gentileza sea de lo mas seductora, comparada con otra de per-

fumado aroma, que crece, no libremente, sino vigilada por un cuidadoso jardinero, que con amiga y hábil mano, dirige sus tallos, la descarta de todo aquello que pueda menoscabar su belleza, la perfecciona en fin, será la preferida, y arrojada con desden, la que solo cautivó los ojos, pero en cuya corola se ocultaba la mala direccion; lo mismo es una niña, la belleza física, cautiva, pero las raíces de las simpatías y el cariño no podrán arraigarse, si no posee esas cualidades impercederas, que son la verdadera nobleza de la vida: ¿de qué sirve pues un elevado puesto, un históriclo nombre, si las virtudes y las condiciones morales no le prestan relieve? mil veces mas valdría un nacimiento oscuro, si el individuo lo enaltece con su comportamiento.

La hermosura, la posicion social desaparecen entre el viento adverso del tiempo ó de la adversidad; la del alma y la buena reputacion, resiste á todos los estragos y sirve de ejemplo para aquellos que comprenden y admiran el verdadero mérito.

En la mesa, es en donde particularmente tambien demuestra una niña ó una jovencita, la buena direccion que recibe, no sentándose ántes que los mayores: no gesticulando, ni apoyando los codos en la mesa; ni tampoco impacientándose ó comenzando á comer ántes que los demas.

Debe mantenerse derecha en la silla; no dejar caer nada en el plato; no llenarse la boca, ni beber sin limpiarse los lábios, y no

fijar la vista con insistencia en los que comen, ni tampoco levantarse de la mesa interin no lo efectúen los padres ó convidados.

Los castigos, como ya habiamos dicho anteriormente, no son lo mas apropósito para corregir, y una faz severa en la persona á quien siempre vemos amable y cariñosa, influirá y hará mas impresion que todas las palabras duras, ó las agresiones, que endurecen el carácter y le tornan uraño y desconfiado.

La jóven no debe tener mejor amiga, ni mas íntima consejera, que su madre: es la mas fiel y desinteresada, la única capaz de disculpar y cubrir nuestros errores, con el manto de la indulgencia.

Obligacion es de una niña ayudarla en sus tareas; atender á sus hermanitos; ser expansiva; desechar el mal humor, que nos separa y desvía de todos.

Otra condicion indispensable, es tratar á los criados con indulgencia, acostumbrándoles á que miren en una niña el ángel de su casa, intercesora en las desavenencias con los jefes de la familia, para que por medio del afecto, sean fieles, obedientes y honrados.

Hace cierto tiempo falleció una niña, un ángel que el cielo arrebató á una inolvidable amiga (1) mia, tan ilustre por su talento, como por sus virtudes; esta niña era el

---

(1) Carolina Coronado.

consuelo, el paño de lágrimas de cuantos le rodeaban, y su elogio mas alto, es el llanto, que derramaron los sirvientes, cuando sus azules ojos perdieron para siempre, el fuego de la bondad que les animaba.

Jamas debe humillarse á los criados con despreciativas palabras y si cumplen con su obligacion, deben agradecerles los servicios, manifestándoles caridad, tolerancia é interes en su desgraciada situacion, sin que por esto sea preciso descender del puesto en que estemos colocados, ni fraternizar de tal modo, que pierdan la consideracion y el respeto debido.

Estos primeros pasos de la niñez á la juventud, son indudablemente los cimientos, la base del porvenir de una señorita, la de su dicha futura; esto es preciso hacerla comprender, por mas que en tan tierna edad, apenas nos fijamos, en lo que tan poderosa influencia ha de tener en nuestra vida y en las de las personas que nos rodean.

Conozco á una infeliz viuda con seis hijos, que se encuentra careciendo de lo mas preciso, reducida á una mísera pension y cuyo porvenir, á no dudarlo, será desgraciado.

Pues bien, esa viuda ha estado rica, ha poseído fincas de gran valor, y sus hijos han nacido entre la abundancia y el regalo.

No es un cuento forjado por la imaginacion: es un ejemplo viviente de desórden y la falta de direccion.

Muertos los padres, fué recogida por una tia inmensamente rica, y que la adoraba,

manifestándole el cariño, en que nada pudiera molestarla, ni causarle enojo ó disgusto la anciana señora, prefería dejarla con todos sus defectos, á verla derramar una lágrima. ¡Cuántas le hubiese evitado en le porvenir!

La niña era buena, bella y graciosa; pero ignoraba lo que podía ser *orden, economía ni aseo.*

—La señorita Lena decían los criados, dejaba siempre sus vestidos y demas ropa en el suelo: no es posible hacerle conservar cosa alguna limpia, ni sin arrugrs.

—Dejarla: no mortificarla: ha de ser mi heredera, y tendrá criados que la sirvan, contestaba la anciana.

Jamás Lena supo lo que era *orden doméstico*: los libros de cuentas no existían para ella y apenas se preocupaba de que un vestido cuidado y limpio, puede durar el doble, en vez de verlo manchado y roto, al poco tiempo.

Creció y su belleza y gracia, la proporcionaba numerosas simpatías; entre los aspirantes á su mano, habia un hombre joven, de bella figura y apasionado como un loco, de la bonita andaluza, pero tan desordenado y poco calculador como ella misma.

Si Lena, hubiese encontrado un hombre de principios fijos, de voluntad firme, lógico, positivo y que hubiera mirado la vida bajo el punto de vista real, la hubiera salvado y sus hijos no estarían hoy reducidos á la condición mas humilde.

Tres herencias sucesivas, la colocaron en posición brillante y desahogada, además de un destino, cuyo sueldo era crecido y les aseguraba las necesidades cotidianas; pero todo era escaso para la desordenada administración de sus intereses.

## VI.

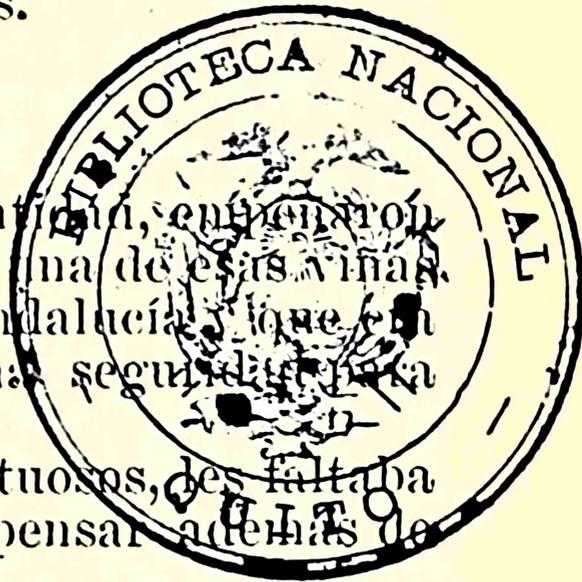
Por una crecidísima cantidad, adquirieron una magnífica hacienda, una de esas viñas que tanto producen en Andalucía y que en un nùcleo de fortuna y una seguridad para el porvenir.

Buenos, honrados y virtuosos, des faltaba el órden, la economía, el pensar además de hoy en mañana.

Seis hijos aumentaron las necesidades; pero no habiendo recibido los padres una educación sensata, adolecieron los niños de idéntico defecto.

Desde muy pequeños, mimados con exceso, acariciados, entregados á su libre albedrío, crecían indómitos, desobedientes, irascibles sin respeto á los padres y entregados los hermanos entre sí, á continuas discordias, las que sin correctivo, se tornaron mas tarde en graves discusiones, llegando hasta el extremo de que el hermano mayor golpease á sus hermanas, ya jóvenes tambien y las prodigara los dictados mas repugnantes, en el parasismo de su cólera.

Falleció el padre, dejando á la familia en un estado vecino á la miseria, pues la ha-



cienda empeñada nada producía, perdiéndola mas tarde, para pago de los réditos y deuda contraída, perdiendo poco á poco cuanto les restaba.

La madre, vive minada por el dolor y las privaciones, y reconoce cuando es ya tarde, que una sabia administracion y buen gobierno, hubiera conservado la fortuna para sus hijos, los cuales serian su apoyo en la vejez.

Con el instinto del bien, adolecen de los defectos de aquellos que han estado entregados así mismos en sus primeros años y seguros de que la ceguedad de sus padres, disculpa la coqueteria, la presuncion, el desorden ó la holgazanería.

Sus hijos, creemos están destinados á descendender por la escala social, hasta lo mas abyecto, hasta el abismo del vicio ó talvez del crimen. Sin freno religioso, sin amor á la familia, se lanzaron por una carrera desconocida, cuyo término es fatal.

## VII.

Desearíamos que este funesto cuadro, sirviera de saludable ejemplo para las madres de familia, sobre quienes recae la responsabilidad de la desgracia de sus hijos.

Un reo se encontraba en capilla, auxiliado por un sacerdote amigo mio; y lamentándose por su próxima y siniestra muerte, le dijo:

— ¡Hay padre mio! cuando yo era muy niño, robé en la escuela un ovillo de hilo; se lo llevé á mi madre y no me castigó, ántes

por el contrario, celebró lo que llamaba travesura: pocos días después robé unas tijeras y también se les dió buena acogida; me fuí acostumbrando á vender lo que sustraía á mis compañeros, y ya vé U. á donde me conduce ese defecto y la tolerancia de mi madre: si me hubiese corregido, no estaría hoy aquí!

¡Terrible reproche para una madre!

Así, pues, al escribir este libro, dedicado á todas las damas en general y en particular á las virtuosas y bellas argentinas, ha sido no solo con el objeto de ayudarlas en la difícil tarea de formar á sus hijas para la sociedad, sino para reiterarles que las eduquen de una manera propia para hacer buenas esposas y buenas madres de familia, cuyos sanos principios de moral y de religion, amor al trabajo, orden y caridad, iluminen el santuario del hogar doméstico y bendigan á sus padres, cimientos de su ventura moral y material.

El sublime, el grandioso, el santo y sagrado nombre de madre, es la corona mas espléndida para la mujer, y como decía la matrona madre de los Gracos, señalando á sus hijos: "Estas son las joyas mas preciadas."

## VIII.

Mucho se habla y se ha escrito referente á la emancipacion de la mujer. Al escribir estas líneas tengo delante de mi vista un pe-

riódico de los Estados Unidos *Woodhull y Claflire, Weekly*; su directora Victoria Woodhull es hermosa, jóven y rica; escribe admirables discursos, que lee en el Congreso; posee profunda instruccion; tiene un Banco que dirige con notable acierto y administra su fortuna por sí propia, aun cuando es casada.

Los honores y las distinciones la acompañan por do quier, pero á su diadema de gloria le falta el principal diamante: jamas ha saboreado la dicha de ser madre, y tal vez por esto mismo, aboga por los derechos de la mujer hasta colocarla en el puesto del hombre y sin distinciones de estudios ni costumbres; le falta el lazo que une al esposo con la esposa; la cadena de flores que nos liga á la casa y la familia.

No soy de las que, imbuidas en rancias costumbres, desconocen que la clara inteligencia de la mujer, que su perspicacia, vivacidad y fácil comprension, la colocan en un lugar superior al que ocupara hasta hoy y la hacen apta para desempeñar algunos destinos, que hoy se les conceden en telégrafos, comercios y escritorios, en las capitales de Francia, Inglaterra y Alemania; pero, si bien aprobamos que su educacion sea mas completa, mas profunda, mas ventajosa que hasta el dia, necesaria y útil para la educacion de sus hijos y para que la vida le sea á su esposo mas grata y ménos superficial, sin embargo, segun nuestra opinion, debe conservar su gracia femenina, su aspecto dulce y

la que tiene la inmensa dicha, de ser feliz en su hogar doméstico, ocuparse, no de competir en las asambleas con los oradores y hombres científicos, sino de reinar en su casa, en el corazón de su marido y en la sociedad, por su talento, modestia y ninguna exageración.

Si la mujer desconoce su verdadera misión en la tierra, deja de ser el ángel de las familias y de dominar con ese sublime corazón, que la presta influencia en todo el universo.

---



## CAPÍTULO II.

### Entrada en la sociedad.

#### I.

Hay deberes, que solo una buena madre puede desempeñar: el mas trascendental, el mas difícil, es presentar en sociedad á una jovencita, ya de antemano preparada con sabios consejos, para que no peque de torpeza y se presente con gracia y despejo, sin que pueda tacharse por su desenvoltura, para evitar en uno ú otro caso, caer en ridículo.

Generalmente, las jóvenes se forjan un bello ideal de las reuniones, teatros y bailes, aguardando impacientes el momento en que acompañadas por su cariñosa madre, puedan penetrar en los salones.

A su llegada y despues de saludar con naturalidad á la dueño de la casa en particular, y á los que le rodean en general, tomará asiento al lado de su madre, y si por

desgracia hubiese perdido ese sin rival apoyo, al de una pariente, ó amiga, que por su edad y posicion pueda servirle de escudo y de guia.

Debe evitarse la afectacion, gérmen de desconfianza, y conducirse con natural moderacion, contestando con sencillez á las preguntas que cada cual dirija, sin estudiar las respuestas que demuestren ridícula erudicion ó empeño de significarse por desden, altanería ó énfasis.

La vanidad coloca á las jóvenes en un terreno resbaladizo, y es uno de los mayores defectos, así como engreirse por la adulacion ó la lisonja.

Mis jóvenes lectoras, no deberán dirigir la palabra á los caballeros y esperarán á que una señora los presente conservando la graciosa timidez, tan natural en la adolescencia.

Las madres de familia, serán severas para corregir en su tiempo, las tendencias en sus hijas á la burla ó á la murmuracion.

No olvidaré advertir, que en un baile no debe una joven, dirigir la palabra á su caballero en voz baja, ni al saludarle, dar su mano á la inglesa, pues demuestra una familiaridad que solo debe concederse á los antiguos amigos de sus padres, y aun así, sin tomar la iniciativa. Si á su paso por los salones, se cruza con señoras, saludará la primera, pero sin detenerse, no siendo en el caso que ellas, hagan alguna pregunta.

La razon natural y la inteligencia, dictan mejor que el libro mas instructivo, lo que

debemos hacer, pero hay ciertas fórmulas sociales, que es preciso saberlas para no cometer errores que al parecer no tienen importancia, pero que muchas veces deciden de la reputacion ó porvenir de una jóven.

Todavía no está generalizada la costumbre que me parece tan conveniente como útil, de que ántes de invitar á una señorita ó señora, le sea presentado el caballero, por un amigo, pariente ó amiga: en Inglaterra es de absoluta necesidad y en España y Francia, empieza á extenderse en la buena sociedad, porque se reconocen sus ventajas, entre otras la de saber una madre con quien baila su hija, y ver no es con un desconocido y conocer sus antecedentes ó familia, siendo tambien un motivo para que la jóven se encuentre ménos tímida ó turbada, que al lado de un extraño.

Cuando un caballero se dirige á una señora ó señorita y la invita á bailar, debe aceptar, si no está comprometida, aun cuando se trate de una persona antipática, jóven ó anciano, ridículo ó seductor; pues no aceptando, infiere una grave ofensa, de lo que resultan graves disgustos y hasta duelos, como ha sucedido. En un salon no se puede prescindir de ser el blanco de todas las miradas, de los comentarios, de las burlas de esa clase de gentes que llevan el sarcasmo en el corazon, siempre dispuesto á brotar de sus lábios y á cebarse en los que se ven humillados ó desairados.

En caso de estar una señora comprometida

da anteriormente, con finura y naturalidad, debe manifestarlo, añadiendo queda agradecida á la invitacion.

## II.

Varias cosas, al parecer insignificantes, deben fijar la atencion de la mujer en sociedad, sea jóven, soltera, ó mas especialmente aun si es casada, si está unida á un ser, que tiene derecho á que no se le falte en nada, ni involuntariamente, porque toda la responsabilidad recae sobre la muger; triste tristísimo es, cuando adquiere la reputacion de ligera; no es bastante ser honrada y buena; no es suficiente la paz de la conciencia: es necesario que la viveza de nuestro carácter, no nos haga cometer en sociedad faltas que puedan aun en apariencia, menoscabar nuestra reputacion, y que pongan en ridículo á un esposo, al hermano ó á los padres.

Hemos conocido personas cuya conducta era intachable, cuyo corazon noble no podia ser capaz de faltar á sus deberes; pero la ligereza de su carácter, ha dado ocasion á grandes males.

Una madre debe aconsejar á su hija que evite toda demostracion que pase el límite marcado por la educacion, y que pueda prestarse á murmuraciones. La risa burlona, la conversacion continuada con su caballero interin el baile, las miradas á determinadas

personas que indiquen ocuparse de su traje, ó físico y los apartes con las jóvenes de la misma edad, la crítica y la sátira, son escollos en los cuales no debe tocar una señorita bien educada, apareciendo juiciosa, reservada, modesta y sencilla; de este modo, se granjeará la estimacion general.

Cuando concluya de bailar, debe hacerse conducir á su asiento por su caballero, sin permanecer paseando ó conversando léjos de su madre ó persona que la sustituya en aquel sitio, evitando siempre todo lo que pueda manifestar independencia, por que además de ser un defecto propio de mala educacion, desvaneceria la aureola de timidez y de juventud, principal adorno de una señorita.

### III.

Hace algunos años, al despréndese del brazo de su caballero, se hacia un saludo y reverencia como las de la corte; hoy solo se emplea un movimiento gracioso, inclinando la cabeza y el cuerpo y que depende del buen gusto y de la manera de inclinarse, para que sea distinguido y sin afectacion; las señoras inteligentes, comprenderán que la rigidez de los movimientos, el andar acompasado, cual si fuera impulsado por una máquina, no es agradable á la vista, ni se presta á la benevolencia, léjos tambien de la familiaridad, pues el buen tono, el ta-

lento real y la belleza física, resaltan, mas con la sencillez y pierden afectando superioridad.

Tanto en señoritas cual en señoras jóvenes, la naturalidad es el atractivo maspreciado.

El talento debe tambien manifestarse en sociedad, con ciertas trabas, pues nada parece mas ridículo que se haga alarde de erudicion y se ponga en relieve, una superioridad exagerada.

El ingenio brilla por si solo y sin hacer grandes esfuerzos para demostrarlo.

#### IV.

Las visitas de etiqueta deben durar generalmente de quince á veinte minutos, y si en el intermedio sobrevienen otras nuevas, una inclinacion ligera, contestará al saludo que se nos dirija no siendo amigas, en cuyo caso y despues de haber cumplido con los dueños de la casa, se corresponderá á su amistosa interpelacion.

Si entre los recién llegados se encuentra alguna señora de edad, se procurará cederla el mejor asiento, lo mismo si se trata de un anciano ó sacerdote, no obstinándose sin embargo si rehusan.

Cuando hace algun tiempo que dura la visita, al sobrevenir otras, debemos despedirnos, dando por terminada la nuestra.

Las jóvenes no tenderán la mano á las se-

ñoras si éstas no toman la iniciativa, pero si hay señoritas de la misma edad, en este caso, deben darles la mano y un beso en la mejilla ó lo primero únicamente, si la amistad no es íntima.

No será inútil advertir, que el dejar tarjetas en la casa, cuyos dueños no están en ella, solo pueden hacerlo las señoras casadas, pues una jóven soltera tiene que limitarse á poner su nombre con lápiz en la de sus padres, así como en la costumbre indicada de estrechar la mano, se comprende tambien tratándose de señoras; un saludo atento y sencillo, una inclinacion natural, debe mediar entre un caballero y una señora.

¡Cuán difícil es seguir paso á paso, las diferentes fórmulas, los necesarios principios, establecidos en buena sociedad, y que la educacion esmerada y la costumbre, mas que la teoría, son las que las presentan fáciles y naturales.



Vemos con frecuencia personas bellas, espirituales, graciosas y en fin con todas las cualidades, para inspirar simpatías y sin embargo su actitud, su presencia y sus palabras, son poderosamente antipáticas, de tal modo, que hasta su acento nos hiere: aquel carácter seguramente no encierra, sino altanería y dominio.

La muger, bellísimas lectoras, puede dominar sin esfuerzo y sin que se haga desagradable al esposo y á los padres. La dulzura, la persuacion, la condescendencia y la reflexion, son las armas seguras para ganar el corazon, para cambiar los sentimientos, para reducir á la impotencia, al hombre mas feróz, mas brusco y mas violento.

¡Ah! ¡si la muger supiera sacar partido, de los medios que le concede la naturaleza, y comprendiera el bienhechor influjo, que está llamada á ejercer en todas las clases de la sociedad! ¡Si nuestras palabras penetrasen en su corazon; si se identificasen con nuestras ideas y pensamientos, cuantos males graves, cuanta ruina y desventura podrian evitarse!

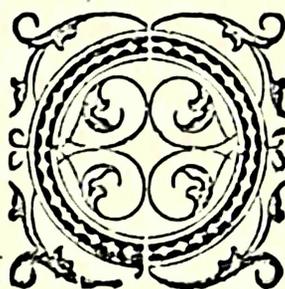
Pero dejemos estas reflexiones, que corresponden particularmente á la muger casada, y que serán objeto de nuestra atencion, al ocuparnos de los deberes de una señora en su casa; obligaciones sagradas que las señoritas aprenderán de sus virtuosas madres para desempeñarlas á su vez.

El buen tacto y el recto criterio, nos dictan la mayor parte de los pasos que debemos dar en la vida, haciéndonos comprender que la muger está destinada á ocuparse incesantemente de los demas, tanto en sociedad como en la vida íntima, y que su personalidad es la de ménos importancia, puesto que no se debe á sí propia, sino á sus deberes.

Como hija, como esposa, como madre, es-

su mision rejeneradora y sublime: como muger de sociedad, como destinada á hacer los honores de su casa y á prestar relieve á su nombre, no son menores ni ménos importantes sus obligaciones.

Nuestro próximo capítulo es el mas espinoso para ocuparnos de él, pero las señoras no tacharán de presuncion, sino de buen deseo, el aconsejarlas, ó mejor dicho, para las jóvenes recién casadas, el servirles de guia, en los primeros pasos del matrimonio, estado que decide del porvenir de la muger; que puede conducirla por un camino de felicidad y de purísima alegria, en ese centro de inmensos horizontes, ó por un sendero escarpado que la conduzca al precipicio, arras-trada por la tormenta y por el vendabal.





## CAPITULO III.

### Los convites—los prometidos—el matrimonio.

#### I.

Generalmente en España y con ligeras excepciones, se han adoptado las costumbres extranjeras, tanto para las horas de las comidas, cuanto para el servicio de ellas; así es que los convites para una comida de etiqueta, se hacen por tarjetas ó cartas impresas, manifestando el día e indicando que el señor y la señora de.....ruegan á la señora de.....le dispensen el favor de asistir á la comida que, &c.

Si se trata de una comida de mas confianza, en ese caso se escribe una carta á cada convidado, y si es entre amigos íntimos, se les dice verbalmente, indicando siempre la hora fija.

Una de las principales reglas de educación es la exactitud y bajo ningun pretexto se debe ni llegar tarde, ni con demasiada anticipacion, pues en este caso, la dueño de la casa podría estar aun ocupada en los preparativos, ó sin vestir, proporcionándole un

desagrado, aun cuando no lo manifestase así.

Si por el contrario, se llega despues de la hora indicada, es falta de consideracion y de respeto, y un descuido imperdonable, porque jamás estamos autorizados á imponer nuestras costumbres, ni nuestros asuntos particulares, á los demas, aun cuando la intimidad ó la confianza, pudiera hacer creer seria permitido y á pesar de que la posicion del convidado sea elevada, porque precisamente en ese caso, es cuando ménos debe abusarse.

Tanto en la vida pública cuanto en la privada, debe reinar siempre la exactitud necesaria para el órden, para los estudios, para los adelantos y para el porvenir.

Una persona exacta, jamas se expone á ser calificada de informal, defecto en extremo reprehensible. La ligereza, el egoismo y la holgazanería, son compañeras de la inexactitud y hasta nos arrastran, á la bajeza y á los vicios.

La puntualidad, es propia siempre de personas laboriosas y dispuestas á llenar sus deberes con religiosidad.

Hemos creido necesaria esta digresion, por que todos estos defectos deben corregirse en su gérmen ántes de que adquieran mayor incremento.

Si puntuales deben ser los convidados, no ménos exactos es indispensable sean los dueños de la casa, particularmente la señora que hace los honores de ella, recibiendo á los

que asistan al convite, con finura, gracia y cierta franqueza de buen tono, que anima y disipa la cortedad que reina generalmente en esos momentos que preceden á una comida, sea de etiqueta ó de confianza, pues que siempre en ellas se encuentran personas extrañas, una para las otras, y deber es de la señora de la casa manifestarse igualmente afectuosa con los unos que con los otros, sin afectada amabilidad, previsora y atenta á la menor circunstancia, que pueda acreditar su intelijencia y buen gusto.

## II.

Al anunciar el criado *la señora está servida*, la dueña de la casa del brazo de un caballero, pasará al comedor ántes ó despues de su esposo quien conducirá á una señora, y en este punto rogamos á nuestros lectores se fijen en los detalles, escollo en el que es fácil tropezar y ponerse en ridículo.

Los que se llaman sitios de honor, son aquellos que están á la derecha é izquierda de los dueños de casa, y deben cederse siempre á las personas de mas edad, señoras ó caballeros, no siendo en aquellos casos en que haya grandes consideraciones que guardar a otros convidados, que sean de ménos confianza, pues entónces en medio de extraños, se encontrarían aislados, y la comida les seria desagradable.

A los sacerdotes, por humilde que sea su jerarquía, les corresponde la derecha de la señora de la casa, pues aun en las reuniones de mayor etiqueta, en las comidas oficiales y en los convites diplomáticos, el Nuncio del Papa, es considerado de mas categoría, que los embajadores de las naciones mas poderosas.

El tacto, el buen criterio para comprender la manera de colocar á los demas convidados, es procurar que unos y otros estén satisfechos, y que encuentren simpatías en aquellos que á su lado se encuentran, pues fácil es de comprender que dos extraños no deben estar vecinos en la mesa, ni una jóven frívola, al lado de un anciano, porque no responderá á sus ideas, y por consiguiente carecería del atractivo principal de esas reuniones: la conversacion.

Deber de los caballeros es servir á las señoras que á su lado estén; ofrecerles agua, vino y dulce; pero una señorita ó señora, jamás se dirigirá á ellos, sino a los criados, indicándoles lo que deseen, salvo se encuentren con amigos de confianza; tampoco una señorita, manifestará preferencia por tal ó cual plato, ni tomará demasiado, ni hablará en voz alta, ni hará movimientos que puedan llamar la atencion.

He dicho ya, en el prefacio de este libro, que me ocuparía minuciosamente de ciertos detalles, pues aun cuando están al alcance de todos, no los creo inútiles, porque fácilmente por falta de costumbre, por egoismo,

ó ligereza, podrian las jóvenes olvidarse de estas fórmulas y cometer faltas imperdonables, á los ojos del que observa imparcialmente cada error y comenta cada palabra.

Al encargar á una madre que instruya perfectamente á su hija, de cuanto llevamos indicado, es porque hemos visto el carmin de la vergüenza colorear las mejillas de algunas señoras, al verse objeto de las miradas indiscretas y que comprendian por instinto, cometian desaciertos que hasta entónces ignoraban lo fuesen.

Concluian con frecuencia, con demasiada anticipacion ó mucho despues que los demas, exponiéndose á la crítica, la que no podia dispensar que en vez de usar el tenedor y el cuchillo, llevase este último á la boca, ni tampoco que una jóvencita beba demasiado vino; unos labios juveniles, frescos y sonrosados, no deben manchar su pureza, y si solo conservar su perfume; esto mismo podriamos decir referente á las señoras que fuman cuando no es como sistema medicinal.

### III.

Tanto la señora de la casa, como los convidados, deben esforzarse en no molestar á los vecinos, ni indicar mal humor ó despecho: deben mostrarse graciosas, amables, inteligentes, sin alarde de sabiduría y superioridad.

La señora que hace los honores, debe ob-

servar si sus criados desempeñan bien sus funciones, si tienen agrado, respeto é inteligencia, enseñándoles de antemano su deber, para que al faltar á él, no hagan caer el ridículo sobre los amos.

En la comida á *la rusa*, hoy muy en moda, se sirve ya preparado y pasando el criado con la fuente de uno á otro convidado, por el lado izquierdo, para facilitar mas el que puedan servirse con la mano derecha y seria una falta de educacion, que una señora ó caballero rehusara un plato, por empeño de ofrecérselo á la persona que se encuentra á su lado; no diremos lo mismo en la comida á *la francesa*, en que trinchadas las viandas en la mesa, se sirve por separado á cada convidado, pues en ese caso la urbanidad ordena, si es un caballero, ofrecer ántes el plato á la señora ó señorita que á su lado se encuentre.

Mis jóvenes lectoras tendrán presente, que sea en la mesa, en un baile, ó el teatro, no está permitido reclamar ningun servicio de un caballero, porque se prestaria á interpretaciones siempre desfavorables, sin que por esto deban encerrarse en un mutismo completo, ni tampoco se nieguen obstinadamente á todo, siendo cosas que en nada pueda perjudicarlas y que de negarse, las colocaria en el concepto de insociables.

Concluida la comida, si el criado presenta á cada convidado un enjuague para la boca, se limitará solamente á mojar la punta de los dedos y enjugarse ligeramente, sin sal-

picar ni hacer ruido.

La dueña de la casa debe levantarse de la mesa la primera y tomar el brazo del caballero colocado á su izquierda ó derecha, dirigiéndole algunas palabras de atencion ó un saludo.

Todas estas fórmulas son de absoluta necesidad en comidas de etiqueta, siendo permitido en las de confianza, mas expansion, palabras ménos ceremoniosas, y como generalmente el círculo es ménos extenso y mas conocido, reina mayor alegría y satisfaccion, que en las primeras.

#### IV.

Con frecuencia sucede encontrarse convidada para ir á pasar algunos dias en el campo, en casa de jóvenes amigas, por lo cual no estará fuera de lugar hacer algunas advertencias.

Los dueños de la casa, deben cuidar especialmente de que sus huéspedes tengan toda la libertad posible, adivinar sus gustos y costumbres y satisfacerlos en todo.

Dejarlos solos demasiado tiempo, pareceria descuido, pero tampoco debe acompañárseles constantemente, sobre todo en horas ó momentos, en que las señoras acostumbrañ dedicarse al tocador ó entregarse al descanso.

Difícilmente reconocemos nuestros defec-

tos y lo mismo que reprocharíamos á los demas, no nos parece mal en nosotros mismos, así es que interpretamos desfavorablemente, la menor muestra de impaciencia que pudiera lanzar la asiduidad exagerada, pero la señora de la casa que sabe desempeñar sus deberes, se fijará, en los detalles mas insignificantes, con el objeto de que sus huéspedes encuentren su compañía agradable y la franqueza y bienestar, que cada cual pueda desear.

Estar amable, atenta y complaciente, es un deber, porque al demostrar mal humor, se da lugar á que piensen, molestan ó abusan, con su estancia en la casa.

Prolijo seria encomendar que en casa extraña, deberá conducirse una señora ó señorita, con la mayor circunspeccion, estudiar el carácter de las personas con quienes habita, y dominar sus defectos, evitando imponerse, ni hacer prevalecer su opinion, costumbres ó deseos.

El espíritu de dominio, lleva consigo hacerse insoportable á los demas y contrarian á los que procuran sacrificarse en obsequio nuestro.

Desmentir, discutir ágricamente, manifestar lo convenientes que son otras costumbres ó modo de vivir, exagerando la oportunidad de las horas, la manera de dirigir la casa, las buenas prendas y condiciones de nuestros criados, son otras tantas humillaciones para quien nos ofrece hospitalidad, y se debe evitar crea no nos parece acertada

la direccion de su casa.

La falta de experiencia, el orgullo, la intemperancia, la excesiva susceptibilidad serian dignas de censura, y la persona que no sepa dominar esas funestas inclinaciones, seria odiosa é importuna en todas partes.

Los muebles, los adornos, las flores, los manjares, los libros y la música, que cautivan la vista y los sentidos, no deben ser objeto de nuestros elogios delante de la dueña de ellos, porque es obligarla á desprenderse de alguno, tal vez por delicadeza y aun cuando tenga á sus ojos gran valor ó mérito, ó sea recuerdos de seres queridos.



Por aseo, órden y conveniencia, debe levantarse temprano una señorita y presentarse á la hora del desayuno, ya peinada y vestida: esta costumbre encierra mucho de higiénico.

Las dos ó tres horas perdidas por la mañana, no se resarcan en todo el dia, y particularmente para aquellas personas entregadas á trabajos intelectuales, pues son las mas á propósito para trabajar con la imaginacion fresca y despejada: además nada hay tan saludable como el madrugar y particularmente en los niños, les impulsa á no ser perezosos, defecto tan perjudicial y de tristes resultados para el porvenir.

## VI.

Se debe mirar, como una imprudencia, mezclarse en asuntos ajenos, cuando éstos no se nos comunican por los interesados, pues los detalles de la vida íntima nos son sagrados, y aunque la casualidad nos imponga en ellos, nunca debemos abusar, porque la discrecion es un deber para poder vivir en sociedad, respetando los secretos de los hermanos, los padres ó los esposos.

¡Cuántas desgracias puede acarrear el ser indiscretos! Ese antiguo refran: *ver, oír y callar*, es una máxima muy sábia, pues si todo se repitiera, se comentara, ó se desmintiera, sería imposible vivir los unos con los otros, convirtiendo la existencia en un caos de re-  
criminationes y discordias.

Al tratar de las visitas que por temporada suelen hacerse y las cuales se prolongan dos, tres ó mas dias, no debo olvidar que es un deber mostrarse generoso con los criados, valiendo mas hacer un sacrificio que exponerse al desden y á las burlas que inspira la mezquindad.

La estancia en casa ajena, no debe prolongarse demasiado; no dar lugar á causar con nuestra presencia molestia ni gastos; no permanecer en fin, mas tiempo que aquel que se encierra en los límites de la buena educacion.

## VII.

Voy á ocuparme de una cuestion delicadísima y en la cual deben fijarse, con gran detencion, las madres de familia, porque de ella depende la felicidad de sus hijas, y de antemano dispensarán mis buenas lectoras, si me encuentran severa ó difusa en mis apreciaciones y consejos, pero serán benévolas, en gracia de la buena intencion que me guia, del interes que me inspira mi sexo y mi deseo de ser útil.

Una jóven inesperta, sencilla sin conocimiento del corazon humano, debe no dar paso alguno del que resulte su desgracia futura ó su dicha, sin consultar á sus padres, y no tomará ninguna iniciativa, no aceptará compromisos ni contestará cartas, sin permiso ó aprobacion de la madre, el amigo mas discreto y fiel que tenemos.

Al comprender que un jóven se dirige á su hija y la elige por compañera de su vida, está obligada á investigar cuál es su clase, sus costumbres, su posicion y sus ideas, no dejándose llevar por las apariencias que le rodean, sino estudiando sus buenas ó malas cualidades, fijándose en su honradez, formalidad y rectitud, porque no es un lazo que pueda desatarse: es la cadena que solo puede romper la muerte; cadena dorada, ligera, muchas veces, pero con argollas de hierro y

cuyo peso abrumba y aniquila, cuando en ella se encuentran unidos dos seres, que no se aman, cuyos caracteres son contrarios y con ideas opuestas, que al chocarse, producen desgracias irreparables y la desventura de los hijos.

Además creemos debe ser el dolor mas profundo para una madre, que las discordias y desavenencias de su matrimonio, las presenciaren los que deben mirar en sus padres el modelo para su porvenir.

La union de la familia, el amor, la consideracion mútua, desarrollan ideas sanas, puras y morales, predisponiendo el corazon de una niña, para que mas tarde siga el camino que viera recorrer á los autores de sus dias y que al elegir el sosten, el guia para su vida, no lo haga con ligereza y llevada solo del deseo de alcanzar una brillante posicion ó impulsada por el entusiasmo del cariño, que con frecuencia nos hace crear los sueños mas lisougeros, pero los cuales rara vez llegan á ser realidades. Debe estudiar un poco su carácter ó por lo ménos conocer sus principales defectos ó teorías, á fin de reflexionar, si podrá ó no confiársele la dicha y tranquilidad de una jóven: ésta debe procurar complacer á sus padres, si no aprobasen su eleccion, pues hemos visto deplorables ejemplos, en los cuales siempre queda el remordimiento de haberlos desobedecido, amargando su vejez, al unirse á un hombre que no llene sus deseos, tal vez por sus malos antecedentes.

No queremos decir que no haya multitud de excepciones y en ese caso, me limito á aconsejar á los padres, no contrarién por capricho ó conveniencia, las inclinaciones de sus hijas.

### VIII.

Hecha la eleccion, admitido por los padres y ya considerado como individuo de la familia, no debe una buena madre dejar de ser en extremo prudente y delicada, para que aun en apariencia no pueda juzgarse mal de su hija.

Unas relaciones por mas sérias que parezcan, pueden romperse por un incidente inesperado, y por esto, no debe hacerse ostentacion en público, ni conceder delante de extraños una preferencia que dé lugar á comentarios, que son en su mayor parte desfavorables.

En acogerse con atencion y afecto, pero sin manifestar en las miradas, en las palabras, el particular interes que inspira tanto una señora, como una señorita, deben observar la mayor circunspeccion y comedimiento.

Hay madres, y suplico me dispensen si alguna de ellas leé estos renglones, que tienen el gravísimo defecto de permitir que el prometido de su hija, la acompañe por calles y paseos, teatros y reuniones y que sin tener la completa seguridad de que en bre-

ve forme parte integrante de la familia, hacen alarde en todas partes, refieren los pormenores y elogian con la mayor candidez, el mérito de la niña, su talento y su belleza, ostentándola orgullosa ante la sociedad, por haber conseguido un partido ventajoso, cuando no saben, si al menor soplo de la casualidad se verán en la precision de rechazarlo, ó burladas en su deseo.

Si comprendieran lo ridículo de la situacion, si escucharan las conversaciones á que dá márgen su ligereza y la triste opinion que forma el mismo prometido, á cuyo oido con sana ó dañada intencion, se hacen llegar algunas palabras, se corregirian de tal defecto.

Al encontrarse en las casas que frecuenten debe ser como casual: de ese modo nada tiene de particular; la visita diaria es permitida, así como el obsequiar á una señorita con ramos de flores ó dulces, pero uno y otro, deben abstenerse de recibir presente alguno de otro género, por insignificante que parezca y esto encierra su razon lógica.

Si, por desgracia, viene un rompimiento, preciso sería devolver los objetos recibidos, hasta las cartas, y cuán penosa, cuán amarga será esta devolucion, que encierra una historia de goces y decepciones?

Por esto debe evitarse cambio de recuerdos, interin no llegue el dia de ocuparse de los que son costumbre y muestra del cariño, en ambas familias.

Corresponde á los padres, comprar todo

el equipo de la novia y segun la costumbre francesa, adoptada hoy en casi toda Europa, debe ofrecer el novio su presente de boda, la víspera de esta. Compónese generalmente y eso en relacion con la fortuna de cada cual, de alhajas, encajes, tarjetero, porta moneda, abanico de novia y pañuelo; las cifras deberán ser ya las del nombre de la prometida y apellido de su futuro esposo.

Por una y otra parte se procurará tener la mayor delicadeza, pues cuántas veces las exigencias de unos y la falta de generosidad ó de tacto en otros, han sido causa de graves discusiones, precursoras de un porvenir, cuyo horizonte es sombrío y tempestuoso.

Cada pais, tiene diferentes costumbres las cuales han de acatarse, lo mismo para los regalos, que para la ceremonia, convites y demas.

Los padres del futuro obsequian á la jóven con un juego completo de mesa, cubiertos, cucharitas y demas, ó un aderezo asi como en nuestra España, se añade á esto la mantilla de boda: los de la novia, regalan al prometido de su hija y ésta le ofrece la camisa para dia tan solemne, con la botonadura de brillantes y algun capricho mas á su futuro compañero.

Síguese el órden en los carruajes, segun la moda francesa, es decir: en el primero, la novia á la derecha, en el fondo, al lado de la madre y frente al padre: al lado de éste, algun amigo ó pariente cercano.

En el segundo, el novio y su familia: des-

pues los testigos y convidados; repitiendo que estas reglas deben modificarse segun las costumbres de cada pueblo y la fortuna de los contrayentes.

Una vez en la iglesia, tomará la niña el brazo de su padre, ofreciendo el novio el suyo á su propia madre, y el esposo de ésta, á la de la novia, colocándose la familia y convidados á la izquierda y los del futuro á la derecha. Al regresar de la iglesia el orden varía.

El padre del novio ofrecerá el brazo á su nuera, y el recién casado á la madre de la novia, así como la del joven aceptará el del padre de la joven, la cual tomará asiento en el carruaje al lado de la madre de su esposo, ocupando el frente el novio y el padre de la nueva esposa.

Un momento ha bastado para que la caudorosa criatura, se encuentre separada de su familia, con grandes, con inmensos deberes que cumplir y pesando sobre ella una gran responsabilidad: su vida, ántes tranquila, cual la corriente de un arroyuelo, ha tomado en un instante mayor impetuosidad y quien sabe si sus ondas no reflejan en lontananza, rudas luchas ó tempestades.

Generalmente no miramos este acto del matrimonio, sino como el paso que nos conduce á ser recibidas en la sociedad con mayor consideracion, haciendo de cuestion tan trascendental, un juego de amor propio satisfecho.

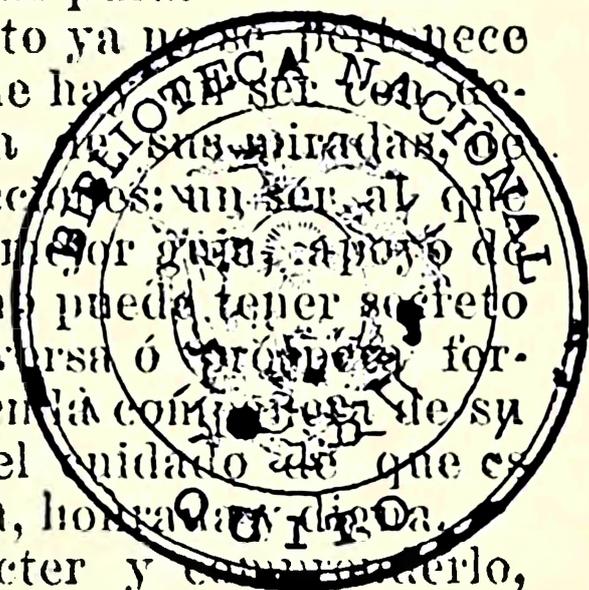
Esa ceremonia solemne, que tanto embar-

ga y conmueve el ánimo, de la que está pendiente, la única, la sola felicidad de la vida, ó las amarguras, la intranquilidad y el dolor de la existencia, es el primer escalon que sube la mujer para colocarse en la noble y digna posicion, que le ha sido impuesta por la naturaleza y en la cual debe hacer resaltar la abnegacion, la ternura, la modestia y la moral mas pura.

Desde aquel momento ya no se puede y debe comprender que ha de ser un derecho á pedirla cuenta de sus miradas, de sus sonrisas, de sus acciones: un ser al que debe mirar cual á el mejor apoyo de su vida; para el que no pueda tener sustento alguno y que en la adversa ó prospera fortuna, debe encontrar en la confianza de su vida, todo el amor y el cuidado que es capaz, la esposa buena, honrada y digna.

El estudiar el carácter y comprenderlo, deberá ser el empeño de toda jóven recién casada; de ese modo podrá labrar la paz y la felicidad de un matrimonio, sobre sólidas bases.

Sostener el cariño de su marido, es lectoras mías, cuestion que merece fijar de una manera profunda vuestra atencion, procurando acogerle siempre risueña, no dar lugar á escenas de recriminaciones, que alteran el afecto y le destruyen, dando por resultado, el que el hombre busque la dicha fuera de su hogar.



## IX.

La vida íntima es el santuario de los esposos, y por sus condiciones y circunstancias, debe ser el centro, en donde sin traba alguna, se presten mutuamente las luces de su inteligencia, para sobrellevar las amarguras de la vida, ó para ayudar al buen orden y gobierno de sus intereses.

El matrimonio, tal y como lo he comprendido siempre, es la union de dos seres que no forman sino uno solo; indulgentes ambos, particularmente la mujer, de ella depende todo ó gran parte, y su talento, el verdadero y útil, consiste en que su esposo encuentre en ella, aseo, cariño, bondad y condescendencia: al mismo tiempo, preciso será que tambien para vestirse y en los detalles de la vida íntima, tenga la mujer esa coquetería de buen tono, esa gracia que conserva y aumenta el amor; agradar á su marido, es un deber, que para la buena esposa, se convierte en deseo y satisfaccion.

El carácter de la mujer, puede influir sobremanera en el hombre y mas de una vez, he tenido ocasion de convencerme de ello.

En una poblacion de la república de Santo Domingo, vivia una jóven, modesta, graciosa, pero pobre y huérfana de padre, siendo el único consuelo y alegría de su anciana madre.

Jamas habia querido casarse por no separarse de ella, y mas de una vez, pudo dominar los impulsos de su corazon, por cumplir tan sagrada obligacion.

En la misma ciudad vivia un hombre, cuyo carácter irascible y costumbres escéntricas, le habia separado por completo de sus convecinos y se encontraba aislado y solo, con su constante mal humor, que era un amigo triste, sombrío é intransijente.

Una casualidad le condujo á la casa que habitaba la viuda y su hija, y esta (caso extraño) logró con su conversacion, dulcificar, aquel dia, su natural rudeza y acritud.

Continuó visitándola, y el amor le hizo su esclavo, hasta el punto de solicitar la mano de la jóven.

Su buena madre vaciló: temió por la felicidad de su hija y quiso rehusar, pero ésta le dijo:

—No tema Ud., madre mia: por insociable que sea un hombre, por malas que sean sus condiciones, no puede resistir al influjo de una mujer buena, á quien ame, si esa influencia la emplea en hacerle comprender, no con palabras, sino con hechos, que ha seguido hasta entónces mal camino.

Efectivamente se casó y yo he conocido á los dos esposos.

El talento y proceder de su mujer, su dulzura, juicio y virtudes, unidos á la gracia seductora, habian hecho de aquel sér intratable, un hombre afectuoso, franco, afable, considerándose su esposa, como la criatura

mas feliz, pues tambien tenia á su buena madre por consejera.

Verdad es, y no debo omitir esta circunstancia, que era una señora, que no solo no podia alterar la paz del hogar, sino que contribuia á consolidarla.

Jamas se mezcló en las disposiciones de ambos esposos, y cuando acudian á tomar consejo de su experiencia y buen criterio, les manifestaba su opinion franca y leal, pero sin imponerla y sin predileccion por uno ni otro; su imparcialidad era digna y razonada.

Jamas intentó mandar en los asuntos domésticos, no siendo en aquellos en que su deber hacia aconsejase á su hija y le diera algun ejemplo de economía ó buen gobierno doméstico.

Su carácter conciliador y bondadoso, la granjeó de tal modo el cariño del esposo de su hija, que no era posible comprender quién la amaba mas.

¿Qué busca el hombre al elegir á una jóven para compañera de su vida? El juicio, la belleza modesta, las buenas costumbres, el talento que amenice el interior de su casa, el aseo, el órden, la economía bien entendida y el carácter dulce y bondadoso.

Si la mujer es frívola, coqueta, ligera, y si no posee mas que el buen trato social; si el desórden, los gastos supérfluos acarrean dificultades, y si un lujo desproporcionado la hace odiosa á los ojos de su esposo: si en lugar de la dulzura y la benevolencia, es alta-

nera y soberbia, no obtendrá por resultado mas que la aversion de los subalternos y el desvío de su compañero y hasta de sus hijos.

Luego en la mujer estriba la felicidad de la familia, debiendo ser verdadera dama en sociedad y encanto y deleite á la par, de los seres mas queridos de su corazon.

¡Ah! desearía que las múltiples ideas que se agolpan á mi imaginacion, que los pensamientos que brotan de mi alma, fiel expresion de mi carácter y sentimientos, se transmitiesen, se impregnasen por decirlo así, en el corazon de mis lectoras, si al leer estas desaliñadas pero verdícas páginas, encuentran la utilidad de ellas.

La mujer que aparece á los ojos de su marido siempre igual, dulce, virtuosa y esclava de su deber, es imposible que no sea amada, ó por lo ménos considerada y respetada siempre.

En la esposa consiste, que si alguna nube empaña el horizonte conyugal, se disipe como las tempestades de verano, que hacen aparecer despues el cielo mas puro, mas radiante y mas encantador.

El interior dichoso, la ventura en el hogar es principalmente á lo que debemos aspirar porque los goces que proporciona el gran mundo, ¡cuán pálidos son, comparados con el inefable placer de ocuparse de aquellos cuyo cariño, comparte nuestra alegría ó sinsabores!

La esposa, pues, no debe faltar á las reglas ó deber que impongan la posicion so-

cial de su marido, los intereses de éste y el porvenir de sus hijos, porque cultivar sus buenas relaciones, es provechoso, útil y necesario, pero no deberá prodigarse demasiado y sobre todo no asistir á teatros ni reuniones, sino acompañada por persona respetable y en el caso que las ocupaciones del esposo no le permitan acompañarla, no frecuentando jamas, diversion alguna sin su aprobacion ó beneplácito.

Esta dependencia que nos impone la costumbre y el deber, tambien ha de imponerla el cariño, ¿pues acaso lo que algunas señoras califican como esclavitud, es otra cosa que el respeto, amor y confianza que debemos á un sér, que libre y espontáneamente hemos elegido para ser nuestro apoyo?

¿No debemos siempre recurrir á él en todas nuestras alegrías ó nuestros pesares, porque en todo toma parte activa, y no queremos concederle algo en recompensa?

Además, una jóven casada carece con frecuencia de experiencia, ignora las hablillas y murmuraciones, á que da lugar la mas sencilla de sus acciones, en la cual tal vez expone su porvenir y el de sus hijos; porque ¿cuán fácil es despertar la calumnia y que esta al llegar á oídos del esposo, envenenada como la punta de un puñal, se clave en su alma, haciéndole perder la tranquilidad y la confianza? desde aquel dia huyó la dicha; una palabra, una mirada es interpretada y el ángel que velaba por la dicha del matrimonio, huye, desaparece, para no vol-

ver jamas, porque la duda y la desconfianza podrán amortiguarse, pero siempre queda dormido en el fondo del corazon y puede despertar al menor choque.

[ El hombre, conociendo que su autoridad, su experiencia y su dignidad, deben de ser la égida de su esposa, cree necesaria esa superioridad, ese dominio que desde luego ejerce y el que debe sernos tanto mas fácil de soportar, cuanto que debemos considerarlo como un lazo de cariño.

En todo lo que llevamos dicho, contamos con el talento y buen criterio del hombre, para fijar los límites, pues si abusara de su principio de autoridad, sería tambien perjudicial y base de males irremediables.

Además, el buen instinto de la mujer, su perspicacia y penetracion natural, pueden suplir siempre á una inteligencia despejada, y aconsejarla y guiarla, para no cometer errores funestos é imperdonables.

Si una señorita debe guardar en sociedad la mayor compostura, actitud digna, juicio y moderacion, mayor es aún el grave y trascendental de una mujer casada.

No debe permitir, aun cuando se tratase de un amigo íntimo de la familia ó de un pariente, no siendo que por su edad esté dispensado de ciertas fórmulas, se presente demasiado asídúo, converse en voz baja ó demuestre á los ojos de la sociedad, que existe algun motivo de intimidad ó confianza.

Tampoco debe una señora casada, acep-

tar obsequio alguno, que no esté sancionado por la costumbre, ni singularizarse en ningún concepto, para que la sociedad pueda juzgar ó ver en una amistad sencilla, tal vez un interes desfavorable para la esposa é injurioso para aquel de quien lleva el nombre.

Amable, igual en su trato para todos, agradable por su talento y conversacion debe hacer estas cualidades generales: es decir, que no concretándolos á una sola persona en sociedad, será querida y respetada, advirtiendo que la estimacion de las gentes honradas, es el principal lauro á que se debe aspirar, desdeñando por él todos los efímeros goces de la admiracion que causa la hermosura.



Al encontrarse en un baile, al aceptar el brazo de un caballero, lanzándose en el torbellino de parejas, no puede la señora casada, perder de vista un momento, que el mismo que la acompaña, será el mas severo en su juicio, si advirtiera ligereza, coquetería, vanidad y falta de buen tacto.

Debemos no manifestar demasiada franqueza, para que á su vez nos respeten: no ser mordaz, ni con ese placer maligno que tanto daño causa, investigar, referir, ni expresar los defectos de los que nos rodean,

porque cuántas veces son los nuestros sin conocerlos?

■ Cuántas veces censuramos la conducta, las acciones, el proceder de otra señora, sin reflexionar que tropezamos en el mismo escollo?

Una noche encontrábame en París, en una numerosa reunion: sentada al lado mio, estaba una señora sumamente ilustrada y conocida, la cual conversaba con otra que á la derecha tenia y quien separada de su marido á los seis meses de casada, hacia alarde de la libertad, que tal acontecimiento la otorgaba.

Sus miradas se habian fijado en una jóven que bailaba, apoyando su lánguida cabeza en el hombro de su caballero y olvidándose de que las palabras, que en su oido se deslizaban, eran adivinadas y daban lugar á comentarios nada favorables.

—La marquesa,—dijo la interlocutora de mi amiga—no tiene miramiento alguno y su poco tino dará muy en breve resultados para su marido.

—Es falta de experiencia, pues en ella la virtud, está muy arraigada, pero el mundo no lo juzgará así.

■ Estas palabras me sorprendieron, por la persona que las pronunciaba, cuyas ligerezas habian amargado la dicha de su esposo y la colocaban en la tristísima situacion de las mujeres divorciadas, la mayor desgracia á mí entender, para una señora dedicada y de nobles sentimientos.

Aquella esposa, que mirando sus defectos, debia ser tan indulgente para los demas, era implacable y sembraba sin piedad la desconfianza contra una jóven, de la cual envidiaba la dicha conyugal.

El baile puede ser causa de grandes interpretaciones y nosotros aconsejaríamos á la mujer, evite cuanto le sea posible entregarse á ese placer, con otro que no sea su esposo y solo en casos en que pueda parecer ridículo.

Las apariencias son tan perniciosas como la realidad, pues de qué sirve ser bueno, si á los ojos del mundo no lo parecemos?

Nada puede igualar á la tranquilidad de la conciencia, pero á todo trance debe evitarse que la opinion pública, se crea con motivo para fijarse en nuestras acciones ó costumbres.

La mujer debe medir sus palabras, no censurar á los demas, ser indulgente para con los otros y severa para sí misma: respetar para ser respetada: abstenerse de toda demostracion que manifieste un interes marcado, por tal ó cual persona; mirar como grave y verdadera ofensa, hácia su esposo y aun para sí misma, una expresion, una mirada ó la mas pequeña accion de un caballero, que no esté basada en el respeto mas profundo, pues si la considerara ligera, dejaba de ser digna de la consideracion.

preocupa aun ántes de abrir los ojos á la luz, á sus amantes padres.

Al referirme á esto no debo dejar pasar el bautizo sin indicar las fórmulas y costumbres mas generales en esos casos, y que pueden dar motivo á ofensas ó á disgustos, por no estar al corriente de ellas.

Cuando es el primer niño, es un deber, es obligacion del abuelo paterno y la abuela materna el placer de ser padrinos, y en el segundo á la abuela paterna y al abuelo materno.

Si los abuelos no existiesen, al elegir padrino debe evitar sea éste mas rico, no siendo en caso de que él manifestase su deseo; pero aun así debe la jóven madre indicar que miraria como una ofensa á su delicadeza se la ofreciera un regalo de gran valor, y solo admitir lo que ya es costumbre establecida; un sonajero de plata, una cruz de oro ó alguna otra alhaja; en lo cual, si el padrino es rico, puede ostentar mas ó ménos su generosidad hácia el niño, que la Providencia pone bajo su inmediata proteccion.

Siendo igual su clase á la de lss padres, debe obsequiar á la madre con un servicio de plata, con un buen alfiler del pecho, con un juego de tocador, ó un aderezo sencillo.

## II.

El dia del bautizo su regalo debe ser un precioso ramo de perfumadas flores, una jardinera de salon, y de seis á doce cajas de

grajea ó dulces, y con ellos el objeto destinado á la jóven madre.

Preciso será hacer una advertencia, y es: que siempre para la eleccion de la madrina debe consultarse al padrino y contar con su aprobacion: dulces, flores, y una caja con media docena ó una de guantes, será el obsequio que el padrino enviará á la madrina y despues debe ir á buscarla en carruaje ó á pié, si la poblacion no lo permite, en casa de los padres del querubin, que vá á recibir la salutífera agua del bautismo, colocándose ambos padrinos en el fondo del carruaje y en frente la persona que lleva al niño, y el padre de éste.

La familia y convidados irán en los demas carruajes.

Como en todas las cosas hay sus reglas establecidas, deberá en ésta circunstancia entrar primero en la iglesia, la conductora del niño, seguida del padrino y madrina: el padre despues y los convidados.

Durante la ceremonia el padrino permanecerá al lado del niño y la madrina á la izquierda, contestando á las preguntas del sacerdote y rezando cuando se le indique.

Al extender el sacerdote la mano sobre la pequeña cabeza del nuevo católico, los padrinos simularán el mismo movimiento quitándose el guante de la mano derecha, conservando el cirio encendido que se les haya dado; esto se hace generalmente, pero como está sujeto á las costumbres de cada pais, varias veces no se efectúa, y aun otras de

las fórmulas indicadas, tampoco se hacen.

El testimonio del bautismo se firma primero por el padrino, despues la madrina, el padre, etc.

Los gastos de iglesia están á cargo del padrino ofreciendo algunas veces una caja de grajea ó dulces al sacerdote, y entre ellos la cantidad que le es debida.

Las gratificaciones de los porteros, del bedel, de la nodriza y demas, deberá estar de acuerdo con la posicion y fortuna del padrino, pues en ciertos casos, la esplendidez no solo es de buen efecto sino necesaria y el que es avaro ó mezquino, se expone á la murmuracion de los criados y á caer en un completo ridículo.

Deber es regalar á su ahijado los dias de su santo y en Pascuas de Navidad; pero, aparte de esto, el padrino ocupa el lugar de padre adoptivo, y debe servirle de protector y ser su apoyo en las diversas circunstancias de la vida; los regalos hechos al recién nacido son el gage, el símbolo, el contrato tácito que contrae, el parentesco, el lazo que le une desde aquel momento con el frágil y delicado sér.

La galantería, la urbanidad y la buena educacion, hacen que se evite todo gasto á la madrina, la cual puede ofrecer á su ahijado parte del traje del bautizo: por ejemplo, la falda, gorrito y la capa y tambien un recuerdo á la madre del niño.

Necesario es estar al corriente de todas estas fórmulas para no faltar á ellas por ig-

norancia y cometer errores de mal tono, que siempre son imperdonables.

### III.

En sociedad se vive no solo con lo necesario, sino mas aún con lo supérfluo; los romanos, medio bárbaros aún, decian á sus emperadores: *Panem et circenses*; "Pan y placer;" pero hoy la segunda frase es la primera: todo se sacrifica al lujo, á las diversiones.

La mujer reina en sociedad por derecho incontestable, y representa en la vida el ideal de amor, la bondad y la belleza.

Por ellas y para ellas se trasforma el hombre y el génio; bajo el fluido que despide despliega sus alas y se torna poderoso y fecundo, porque en el corazon de la mujer, es en donde el hombre bebe la inspiracion y los nobles impulsos.

Este dulce dominio obliga mas á la mujer á ser en todo moderada, y desgraciadamente de algunos años á esta parte, se ha dejado arrastrar por una pasion que casi raya en locura, y que es con justa razon, la cabeza de Medusa para los esposos: *el lujo*.

El lujo, que no es censurable cuando no pasa los límites regulares, y que no ocasiona gastos que puedan menoscabar de un modo ruinoso la fortuna de la casa; pero que llevado hasta el extremo, puede causar

desgracias irreparables.

Cada cual debe vestir con arreglo á su posicion, pero no exponer entre modistas y comerciantes, su fortuna y hasta la honra de la familia.

Un vestido de 100 á mas pesos fuertes, que representa en una familia medianamente acomodada dos meses de sueldo, ó las economías hechas á costa de privaciones, ¿no puede ser sustituido por otro mas modesto, con ménos pretensiones, y que si bien no llamará tanto la atencion, tendrá la ventaja de no causar un notable desfaleco, y que irremisiblemente dejará en retraso otros pagos ó atenciones mas necesarias, mas indispensables y mas provechosas?

Un aderezo, un prendido, un traje de baile, son muchas veces, lectoras queridas, la base de grandes catástrofes; la exageracion del lujo, el exceso de los gastos en blondas, sedas y terciopelos, ¿no colocan á cada cual en otra esfera, en otro mundo que no siendo el de su posicion social, da por resultado seguro las deudas, los alcances, las reyertas y disensiones con el esposo, que ve aterrado tal desórden?

Las fortunas mas espléndidas vacilan, y vemos con frecuencia que las cuentas de trajes y joyas, conducen á la bancarrota y á los préstamos sobre fincas, que ademas de deshonroso es en extremo perjudicial y peligroso; esto en las clases ricas, y por espíritu de imitacion, en las de esfera ménos elevada.

La economía es el tesoro de una casa, sin

que por eso sea preciso privarse de lo necesario; nó; se puede vestir con lujo y sencillez, con buen gusto sin despilfarro. La prosperidad y la abundancia del hogar doméstico, estriban en algunas sábias privaciones; y sobre todo, calculando cada cual con los ingresos y administrándolos con orden, podrá atenderse fácilmente á cubrir todos los gastos sin que se carezca mas que que de lo supérfluo.

#### IV.

La prodigalidad mal entendida, brilla y satisface en apariencias las necesidades del lujo, pero vemos con frecuencia que por sostenerlo falta en el interior lo necesario para la vida, y que al presentarse en los bailes y reuniones, arrastrando un traje suntuoso y ostentando rica pedrería, quedan los criados murmurando porque no se les paga sus salarios con puntualidad, porque en el gasto diario se suprime hasta lo imposible. ¡Y cuántas veces un vestido cubre la miseria y la deshonra!

Dominada por el lujo puede olvidar una mujer su dignidad, sus deberes, y hasta los lazos mas sagrados, sin comprender que expone el porvenir, la ventura, por unos objetos tan insignificantes, tan perecederos, tan frágiles y que por recompensa de tantos disgustos y disensiones co-

mo proporcionan, solo dan por resultado halagar por un momento la vanidad, é inspirar algunos elogios efímeros, y las mas veces prodigados solo por fórmula de buena sociedad.

El gran tacto de la mujer debe ser, saber equilibrar los gastos, y que cubiertos los necesarios de la casa, pueda acudir á vestirse con el decoro que reclama su posicion, la de su esposo y la de su nombre, pero solo como la corresponda, y no aspirando la obrera á igualarse con la clase media, ni ésta á parodiarse á la aristocracia.

Las damas de la nobleza, y entre éstas hay numerosas excepciones, al ocuparse exclusivamente de su tocador y trajes, se olvidan de que con una mínima parte que economizaran de las cuentas exorbitantes de sus modistas, podrian atender á crear un porvenir dichoso á multitud de personas virtuosas y desgraciadas y que si un traje se deslucie al poco tiempo sin dejar en pos de sí ni el recuerdo, las bendiciones de los que nos deben el salir de la miseria, acompañan siempre toda la vida, hasta mas allá del sepulcro; ¿y la satisfaccion interior que resulta cuando se hace una buena obra? Algunas veces he oído decir: "Solo la ingratitud es la recompensa de la generosidad y de la caridad." Pero ¿qué importa que aquel á quien se hace un beneficio no sepa agradecerlo? El corazon queda contento, la conciencia satisfecha; basta con esto.

He dicho ya que habia numerosas excep-

ciones, porque las damas españolas é hispano-americanas, se distinguen por su inagotable caridad, por su bondadosa beneficencia y por la esplendidez con que una gran mayoría, socorre á los desgraciados.



Hoy hasta las señoras de posición mas elevada, se ocupan en dirigir á sus doncellas y costureras para la hechura de sus trajes; economía inmensa, y que ademas tiene la ventaja de ocupar y distraer, para no caer en la ociosidad, otro de los mas peligrosos enemigos de la mujer. Cambiar un adorno, rejuvenecer un traje y darle otra forma; evitar el gasto de uno nuevo, y se cumple con las exigencias de esa deidad caprichosa, llamada moda, que reina sin rival, y lleva sujeto á su dorado carro al universo entero.

Hay señoras y señoritas, y particularmente á éstas me dirijo, que tienen por costumbre y efecto mas bien de la pereza, el conservar en casa el vestido que han lucido en las visitas ó paseo, en lugar de cambiarlo por otro mas sencillo y ménos costoso, lo cual tiene dobles inconvenientes: primero, que ya no podrá causar efecto no reservándolo, y segundo y principal, que en corto tiempo se deslucirá, arrugará y no podrá servir para la calle.

En casa debe una señorita, despues que

haya concluido de ocuparse en algunos cuidados domésticos, vestirse con elegante sencillez, con buen gusto y con irreprochable aseo, pero procurando sean trajes, que no deban ostentarse despues en la calle.

Toda señora, segun su clase y posicion, necesita ademas de los trajes de color, uno ó dos negros, de seda: porque hay ciertos casos en que son indispensables; si la seda es costosa, uno de merino ó cachemir.

Seria imposible y en extremo inconveniente, el presentarse en un duelo ó á dar un pésame, con traje de color; debe de ser negro, así como los pendientes, alfiler y demas accesorios; para las visitas de etiqueta es tambien mas elegante, aun cuando y en ese caso, los encajes y las alhajas de oro están admitidas.

En las comidas de etiqueta, en las reuniones, en los conciertos particulares, no puede haber nada mas sencillamente elegante que un vestido de terciopelo. Tal vez al leer estas líneas podrán calificarse anómalas, puesto que esa tela es puramente de lujo, y sin embargo, está de acuerdo con los principios de economía que tanto recomiendo.

Un traje de terciopelo, siendo de buena clase y teniendo cuidado, puede durar seis ó mas años, y dársele todas las formas que la moda exija, de manera que su costo será igual al de uno de seda, puesto que su duracion equivale á la de dos ó tres de esta última tela.

En las comidas y reuniones de primavera y otoño, los vestidos deben de ser de seda lisa de color claro, pues tienen la ventaja de que al deslucirse un poco, sirven para viso de vestidos de gasa, tarlatana, tul ó granadina.

El calzado y los guantes, han de ser irreprochables en una señora; y vale mas llevar un vestido modesto, que no carecer de esos dos accesorios indispensables, procurando sean de buena clase, pues su duracion reembolsa con usura lo que puedan haber costado de mas que los inferiores.

## VI.

Al ocuparnos del lujo, al demostrar las mortales inquietudes que causa á los padres y esposos cuando es exagerado, al poner en relieve los graves desastres que acarrea, los disgustos sin fin, abismo en donde se precipitan el honor, la reputacion y la fortuna, hemos indicado como uno de los graves inconvenientes de la vida, la ociosidad.

Un dia me encontraba en casa de una señora, cuando se presentó una doncella que la habian recomendado por sus habilidades.

—¿Sabe usted peinar bien?—le preguntó la dueña de la casa.

—Sí señora, perfectamente; en media hora ejecuto el peinado mas difícil y pesado.

—¡Dios mio, media hora! eso es demasia-

do pronto: ¿qué haría yo despues hasta las dos ó tres de la tarde? ya sabe usted,—me dijo,—que á esta hora recibo; despues me visten para ir á paseo; siempre algun convite me distrae en las horas de la comida: el teatro, las reuniones; por último me acuesto á la madrugada y me levanto á las once, pues sino serian los dias interminables.

¡Cuán triste y mezquina es la idea que se forma de la mujer, al escucharla expresarse de ese modo!

No; la Providencia no ha dado á nuestro sexo la inteligencia y el influjo que ejerce, las brillantes dotes que lo adornan, para que se consuma en el ocio y que solo se ocupe de saraos, visitas y reuniones.

¿Y su casa? ¿y sus deberes? ¿y sus hijos? ¿y su marido?

Ciertamente, si la imaginacion estuviera preocupada y comprendiera la sublime mision que debe cumplir la mujer en la tierra, no temeria el fastidio de las horas de ociosidad, advirtiendole que este es el enemigo mas terrible, el peor consejero, la puerta por donde penetran todas las malas pasiones. La mente ocupada de cosas útiles, no puede vagar, ni fijarse en pensamientos que no son elevados y dignos, pero ociosa, inquieta, abrumada por el aburrimiento, quién sabe cuán funestas pueden ser las ideas que se apoderen lentamente de nuestro sér y lo avasallen luego por completo.

La mujer debe pues acostumbrarse á desecharse desde niña la pereza y la ociosidad,

como los defectos mas perniciosos, como un veneno que poco á poco destruye el gérmen de delicadeza y de laboriosidad que existe en nuestra naturaleza, y los cuales producen abundantes frutos. Ocuparse de su casa es no solo una virtud sino un deber, no dejar en manos de criados, el cuidado de un esposo que tiene derecho por cariño y consideracion á que constantemente nos ocupemos de serle agradable, y que al regresar de sus ocupaciones, que puedan tal vez haberle dado motivo para presentarse de mal humor, este se disipe con las atenciones y dulzura de la compañera de su vida.

Dos elementos de igual fuerza chocan entre sí y se destruyen; pero si uno de ellos es mas débil, entónces hay probabilidad de que el golpe sea ménos rudo; esto mismo sucede en dos caracteres opuestos: es decir que la mujer no debe olvidar, que discentir en un momento dado, aumenta la irritacion y la cólera, pero que si esta no encuentra oposicion cede por sí misma: mas tarde, cuando el hombre comprende hasta la evidencia su error, y está tranquilo, entónces las reflexiones, los razonamientos mesurados y juiciosos, conseguirán lo que poco ántes, hubiera sido una locura intentar.

La pereza, la ociosidad desagradan al hombre, porque en la actividad y en la laboriosidad de su esposa, mira el orden, la economía, la paz de la familia y la buena direccion de sus hijos.

Además en las atenciones y cuidados, mi-

ra una prueba de cariño y en la indolencia, el desvío.

## VII.

Necesario es tambien que en las reglas generales que deseo trazar tengan cabida aquellas que se emplean en las reuniones íntimas ó de etiqueta, para que una señora pueda hacer sin cometer faltas, los honores de su casa en los refrescos, té y veladas.

## VIII.

Difícilmente, podemos juzgar en sociedad, del carácter de cada cual, pues la buena educacion hace, que moderemos nuestros naturales impulsos y que la cólera, la violencia, el dominio, la dureza, la altivez ó bien otros defectos, estén ocultos, ó por lo ménos encubiertos y segun mi opinion, para que una señora conceda á otra su amistad, debe mediar estudio mas íntimo y conocimiento de sus antecedentes, por mas inclinados que nos sintamos por la ley de la simpatía: cuán distintas son las personas vistas en sociedad ó tratadas en el seno de la familiaridad y confianza!

¡Cuántas veces nos equivocamos! cuántas el ser ligeras en nuestros juicios nos pone

en manos de una amiga, que al apoderarse de nuestro cariño, de nuestros secretos, de nuestros pensamientos, destruye el porvenir y la felicidad?

Es una necesidad saber escoger á las que se da el nombre de amigas y particularmente la mujer casada, debe tener especial cuidado que su compañía y costumbres no puedan perjudicarla en nada, tanto á los ojos de la sociedad, cuanto en el santuario doméstico.

Difícilmente, puede encontrarse, un sentimiento mas puro, mas sagrado, mas santo, que el de la amistad, don precioso del cielo: voz del corazon que es consuelo en nuestras amarguras, porque en el seno de una buena amiga, las depositamos encontramos sanos consejos y cariñosa acogida.

Una amiga fiel, es un tesoro inapreciable; una joya que por lo mismo que es difícil de hallarla, posee un valor inmenso y la debemos guardar con infinita ternura procurando no herirla, ni amenguar con nuestro comportamiento, su atractivo.

Al hablar de las amigas, tal vez pueda tachármeme de severa, porque al referirme á las que verdaderamente merecen este nombre, creo que en la vida, quien posee una amiga ó amigo verdadero, puede considerarse, como un sér privilegiado.

La amistad, es el sentimiento mas sublime que se alberga en el alma: es un don del cielo: es el rocío que fertiliza, rejuvenece y sostiene nuestro ánimo: pero ¡cuán fácilmen-

te se prodiga esa palabra, sin que se la conceda el valor que en sí tiene!

Amigos, se llaman en sociedad á cuantos estrechan nuestra mano, á cuantos nos saludan con un abrazo y una sonrisa! y bajo esa presion y con ese saludo cariñoso, se ocultan con frecuencia la maldad, la envidia, el aborrecimiento, la rivalidad ó la indiferencia.

¿Puede pues en esos casos concederse el sentimiento de la amistad? Puede darse el santo y dulce nombre de amiga, á la que tal vez nos calumnia ó nos mira con celosos ojos, ó con la sonrisa en los labios procura clavarnos el puñal y vendernos?

¡Ah! nó; tan noble sentimiento, no debe colocarse sino en personas que puedan merecerlo y de cuya bondad y virtud, tengamos pruebas.

Juzgar con la fria razon á los que se presentan como amigos, estudiar sus antecedentes y no dejarse arrastrar por la primera impresion ó por el impulso del corazon, que suele con frecuencia incurrir en error, es difícil tal vez, pero de resultados provechosos, porque al ligarnos impremeditadamente con una persona, al conocer mas tarde, no es digna de nuestro afecto encontrando en vez de oro, cieno, nos colocamos en una situacion difícil, teniendo que herir su amor propio, rechazando lo que sin reflexion habiamos acogido con benevolencia.

En esas agradables reuniones de invierno, en que sentadas al rededor de una mesa, se

ocupan las señoras de labores ó de lectura, empieza á generalizarse bastante la costumbre de obsequiar con un té, chocolate y pastas variadas, pues se demostraria falta de tino y de buen gusto si todas fueran de la misma clase, advirtiendole que ni la cantidad ni la manera de servirlo, debe de ser igual, á los refrescos servidos en reuniones de etiqueta.

Si el número de personas no pasa de quince, puede ofrecerse el té en el salon en donde se encuentren reunidos, y si no en el comedor.

Se sirve el chocolate, té, vasos de agua y dulces, todo al mismo tiempo, colocándolo en una mesa ó velador; tres á seis platos de pastas es la costumbre, y vizcochos para el chocolate; que reine no mezquindad, pero tampoco fastuosa profusion; advirtiendole que el té ó café, debe hacerse en la mesa teniendo preparada la tetera, la cual, si es posible será inglesa; se pone en ella el té negro suficiente, despues se echa una pequeña cantidad de agua hirviendo, y un momento despues se añade la que se crea necesaria; esta costumbre tiene la ventaja de no exponerse á que por descuido de los criados, esté mal preparado y haga avergonzar á la dueña de la casa.

En las reuniones numerosas, se repite varias veces el servicio, solo que entónces y alternativamente, servirán los criados en bandejas, pastas, dulces, vizcochos y té: cuando el servicio está colocado en una bandeja, al

servir la segunda taza de té se pone en ella un poco de agua caliente, se enjuaga ligeramente, y el líquido se echa en un tazon de porcelana ó metal, que es exclusivo para ese objeto.

Las jovencitas deben hacerse útiles, ofreciendo pastas y té á las personas de alguna edad, sin deferencia marcada por nadie, sino ocupándose de todas, por mas que su posición sea inferior ó superior.

### IX.

En los conciertos se sirven generalmente refrescos de limon, de fresa, de grosella y de frambuesa, despues de la primera pieza musical, presentándolos en una bandeja que pueda contener de veinte á veinticinco copas; otro criado sirve los dulces y pastas, y un tercero lleva la bandeja vacía para recoger las copas, de manos de cada convidado.

Una hora despues se ofrecen helados y tambien se recogen las copas vacías en otra bandeja; al mismo tiempo se sirven algunos vasos de refresco, repitiéndose una hora despues. A la una le toca su turno al ponche y pastas.

En los conciertos no son indispensables los sorbetes, pero sí en los bailes, añadiendo quesitos helados y ponches con nieve.

Durante todo ese tiempo la dueña de la casa vigilará el buen servicio, dirigirá á las

señoras palabras de atencion para que tomen dulces ó helados, y jamas se permitirá corregir delante de la multitud las faltas que cometan los criados; pues además de ser desagradable para los convidados, demuestra mala direccion ó aturdimiento.

La señora de la casa al recibir á sus convidados procurará indicar á las señoras los sitios mas á propósito, cumplimentará á las jovencitas y si éstas deben tocar ó cantar, será ella ó persona en su nombre quien se lo ruegue, observando la mas estricta imparcialidad con todos, prodigando sus elogios á unas y á las otras, y manifestando su complacencia por sus habilidades y talento.



Lo mismo para los bailes, conciertos ó comidas que en las reuniones de confianza, aconsejamos á la señora de la casa que todos los preparativos deben hacerse con bastante anticipacion: tanto para que si llegan algunos convidados ántes de la hora que se haya fijado, la encuentren vestida y dispuesta á recibir, cuanto para que no tenga necesidad despues de abandonar el salon, para ocuparse de esos detalles necesarios é indispensables, que se han descuidado anteriormente.

Lo mismo para comida íntima que de etiqueta se prepara el servicio de mesa, el de

postres, cristales, plata y todo lo necesario en los aparadores del comedor.

La dueña de la casa, y esto aun cuando tenga una servidumbre numerosa, debe ocuparse de todo lo concerniente al buen gusto, del que suelen carecer los criados; por ejemplo, preparar las frutas en los fruteros colocándolas entre musgos, para que sean agradables á la vista, rodeándolas con hojas de parra; vigilar la colocacion de los platos destinados á los postres, en los que se colocará un cubierto, es decir, cuchara, tenedor y dos cuchillos, uno de ellos con hoja de plata, para la fruta.

Con estos platos una servilleta pequeña, que sirve despues para enjuagarse los dedos despues de la comida en los enjuagues de cristal.

El servicio para las comidas de confianza es mas sencillo, y generalmente se compondrá de cuatro á cinco platos, entre los cuales debe contarse uno de pescado y otro de asado. La sopera se coloca delante de la dueña de casa, poniendo á cada extremo de la mesa un plato con anchoas, aceitunas, mantequilla, salchichon, etc.

Los platos hondos ó soperos, se pondrán tambien delante de la señora dueña de la casa, y el cucharon, la pala de cortar el pescado, y un cubierto para trinchar,

Aunque sea con personas de la mayor confianza, debe haber siempre un vino extranjero, por lo que delante de cada convidado se pondrá una copa grande y otra mas pequeña.

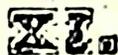
El tenedor colocado á la izquierda, la cuchara y el cuchillo á la derecha, el pan en el plato, cubierto con la servilleta, los saleros de distancia en distancia. Las botellas de agua ó vino, se colocan en bandejillas de plaqué ó plata.

Las cucharitas para la sal y la pimienta y las que sirven para los entreplos, colocadas en sus sitios respectivos.

Cuando se sirven los postres, y siendo indispensable que entre estos haya algun queso, éste se presentará en plato de cristal, con tapa ó campana de lo mismo, y se colocará en el centro de la mesa.

Una de las condiciones principales en una mesa, es la simetría, para que recree la vista.

El café se sirve en el comedor, en la mesa, así como los licores.



Vamos á ocuparnos ahora exteusamente de los convites de etiqueta, haciendo de antemano la advertencia que siempre deben tener lugar con luz artificial, pues la perspectiva es mas alegre, mas animada, mas bella, y parece que á la espléndida claridad de las bugías ó de las arañas, todo es mas elegante y mas rico; suponiendo que para una comida de doce á veinte personas esté iluminado el comedor con un quinqué ó lámpara, suspendida en el techo, y con diez ó doce bugías; además o-

tro quinqué se colocará á cada extremo sobre la mesa, lá cual debe estar cubierta con un hule ó tapete, pnes de ese modo, se preserva y se impide que los cristales y vajillas, toquen sobre la madera.

Si es invierno, debe caldearse el comedor con anticipacion, pero sin que durante la comida se avive el fuego.

Las flores, lectoras mias, son el adorno mas lindo, mas á propósito y de mejor efecto: y si la mesa tiene espacio suficiente, se colocará en el centro una canastilla ovalada con flores naturales, condicion precisa; y en caso de que pudiera ocupar demasiado, se pondrá cuatro canastillas redondas pequeñas.

Delante de cada convidado se pondrá cuatro copas: una de ellas mayor, destinada al vino y agua, otra para el Burdeos, y las otras para los vinos espirituosos y para el Champanña.

Cuando los convidados entren en el comedor, debe estar servida la sopa en los platos.

Hoy no se trincha en la mesa, sino que se va pasando ya servida la vianda en un plato, del cual van tomando los convidados.

Cuando se concluye el segundo servicio, entónces se pone en la mesa el de los postres, que debe ser de porcelana de china, blanca, con listas de un color pálido y filete de oro.

Al levantar de la mesa el segundo servicio, un criado pasa un cepillo corvo delante de cada convidado, y recoge las migajas de pan en un plato para que el mantel quede

limpio, y entónces pone las servilletas pequeñas con cenefa.

No creo sea inútil indicar que para una comida de doce á diez y ocho ó veinte personas, se pondrán dos ó cuatro compoteros hondos, cuatro llanos ó mejor aún canastillas, propias para las frutas, y de ocho á diez platos, conteniendo dulces, pastas, bizcochos, etc.

El plato de bizcocho helado, Chantilly, ó de otra clase, se pondrá delante de la señora de la casa.

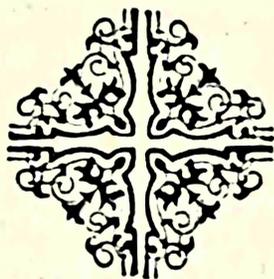
Concluida la comida, se sirve á cada convidado un enjuague rosa, blanco ó azul, cuidando de que el agua sea tibia y que esté un poco perfumada, sea con menta ó con algun dentrífico.

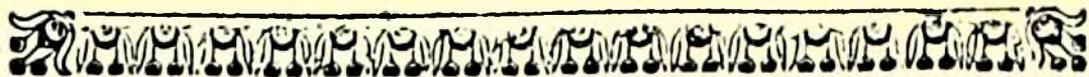
El café se servirá en el salon, el cual debe estar perfectamente iluminado. El café lo sirve la señora de la casa, los licores el esposo de ésta.

En los almuerzos de etiqueta el servicio varía, pues los convidados deben encontrar á su entrada en el comedor todos los platos servidos, teniendo tambien cuidado de que tanto las tazas, como la bandeja con la tetera, el jarrito con la leche fria y sin hervir, el azucarero y el tazon, estén preparados en la mesa para aquellas personas que deseen tomar té en lugar de agua.

En el almuerzo se tendrá especial cuidado de no presentar ningun asado, y de que los pescados estén frios. Los postres serán quesos, pasteles, compota y frutas.

Como regla general de economía y orden, aconsejaré que la plata y vajilla que no es del servicio diario, se limpie con el mayor cuidado, y si hay objetos cincelados se emplee un cepillo suave, para que al guardarlos no conserven nada que pueda perjudicarles; y la señora de la casa, que ha vigilado el servicio de los criados, debe vigilar también todos los detalles que son necesarios después de un convite.





## CAPITULO V.

### Influencia del talento.

#### I.

Al hablar de las comidas y refrescos, ha sido con el objeto de que una señora sepa esas costumbres, esas fórmulas que son necesarias, y que el ignorarlas, hace cometer faltas involuntarias, pero que en sociedad tienen gran responsabilidad.

En las reuniones de toda clase debe reinar esa amable franqueza, esa sencilla benevolencia que atraen y seducen, y en medio del buen tono y sin perder nada de su distincion, puede una señora formarse un círculo de confianza, que sea un centro de expansion y recreo.

No se necesita para conseguir esto que la señora de la casa esté en la primera juventud, pues amable y buena, encantadora, espiritual, atractiva, puede ser para sus convidados una amiga, una hermana, y con gus-

to se le sacrifican las jóvenes coquetas, que se creen con derecho á los homenajes de todos.

Conocí en Paris á una señora de sesenta años, que si no era joven en su semblante, lo era por su corazón y talento, que subyugaba por completo.

Sus cejas y cabellera estaban como la nieve, y era otra excepcion, otra originalidad.

Su rostro reflejaba la tranquilidad de su alma, y jamas se escapó de sus labios una palabra burlona ni sarcástica. Admiraba, elogiaba de buena fé los atractivos de unas, el encanto de las otras, el talento, la gracia y el donaire, de las jóvenes, que la rodeaban.

Pueden verse aisladas, abandonadas, las personas que al llegar á cierta edad, inconsolables por la pérdida de su juventud y belleza, desconocen y escarnecen todo lo que es bello, joven y seductor.

La mujer puede encontrar el secreto de agradar eternamente; adorada y adorable en la juventud, respetada y querida como esposa y madre, esas cualidades las admira mas tarde en sus hijas, en sus nietas, en todas las que le rodean, sin envidia ni pesar.

La hermosura física, no es sino un bien muy efímero: el talento y el corazón, lejos de envejecer, adquieren cada dia mayor brillo, y las virtudes al reflejarse en el rostro, le prestan una juventud imperecedera y una belleza que jamas se agota.

Las caricias de nuestros hijos, las reempla-

zan luego el amor de nuestros nietos, y al escuchar á un querubin rubio y sonrosado que sentándose sobre las rodillas exclama "abuelita," el corazon se inunda de júbilo, y el amor y respeto de la familia, presta una segunda juventud á la mujer.

La perspectiva del hogar doméstico, es un sueño dorado, el bello ideal que en la vejez puede llenar todas las aspiraciones, y es mil veces mas querido, mas sagrado, y por todos conceptos preferible, á las brillantes reuniones del gran mundo, en donde se gasta el corazon y solo queda el vacío.

Que la mujer medite bien, que reflexione en su mision sublime, que se impregne de la esencia de sus deberes, y considerándose no como un ser frívolo dedicado solo á la vanidad ó á lo supérfluo, vea que es la base de todo lo bello, uoble y digno, y que desde la humilde cabaña, hasta el suntuoso gabinete de la gran dama, es la suave, serena y pura estrella, que ilumina la vida del hombre; la que le indica la senda del bien ó del mal; la que amarga ó dulcifica el carácter ó inclinaciones de su esposo y de sus hijos; la brisa regeneradora en la primavera; el rocío fresco y suave que fertiliza el corazon; la compañía consoladora del hombre en el invierno de la vida, y el ángel de ventura y de concordia.

La mujer, con la dulzura lo puede todo, lo alcanza todo, y su belleza moral, sus virtudes, sus cualidades, su talento, juicio y singular perspicacia, resplandecen en la me-

nor de sus acciones, cuando estas éstán inspiradas en la fuente del bien.

Los defectos se pueden corregir siempre que seamos severos para nosotros mismos, y mas aun, pensando que la mujer no debe ser egoísta, sino que ha nacido para consagrarse por completo á crear la ventura de los demas, y siguiendo ese camino se encuentra la felicidad, morada deliciosa que con frecuencia abandonamos por errores nuestros.

La vida íntima, la vida social, son dos escollos para la que no encuentra en la ligereza de su carácter, ni la paciencia, ni la fuerza de la voluntad para saber evitarlos y llegar sin caer en ellos, al oasis que nos está reservado.

Este libro, pues, débil muestra del afecto, del cariño, que profeso á mi sexo, os mostrará el camino de la verdad, de la buena educacion del tacto y buen criterio necesarios para vivir en el gran centro social, y al mismo tiempo para hacerse querida, indispensable en el interior de la familia, para ejercer ese dulce dominio que no se hace pesado nunca, y que es cadena dorada, con argollas de flores, que aprisionan embriagando de dicha el corazon.

El libro de la vida, el ejemplo de los demas, es la escuela práctica donde se debe estudiar y poner en ejecucion la teoría que se encierra en estas páginas, escritas no con ambicion de gloria, ni con pretensiones de celebridad, sino impulsadas por el corazon, del cual son fiel intérprete: estas páginas

son mi pensamiento sin disfraz alguno.

Las tempestades de la vida no pueden, ni alterar la resignacion de una alma grande, ni hacer vacilar las creencias que son el faro del náufrago, la esperanza del desheredado, el consuelo del que gime en un oscuro calabozo, y la inefable antorcha que por do quiera nos ilumina, nos alienta y nos acompaña, con su dulce hermana la caridad.

Por eso es la educación, la principal base de la religion cristiana, porque con ella se desarrollan la bondad y todas las virtudes que nos proporcionarán el galardón, la recompensa de todos los sacrificios que desde la niñez son un deber en la mujer, ya considerada como hija, como esposa y como madre.

La instruccion debe ir acompañada por la fé, pues no basta cultivar el talento y la inteligencia, sino se ennoblece el corazon.

De acuerdo ambos, serán la base de una educacion sólida, y si al llegar á la edad madura, con la mano en la conciencia, se recorre el pasado, se puede decir: "Mi vida no ha sido estéril ni para mis semejantes, ni para mí misma," debe experimentarse un goce divino, una tranquilidad y bienestar que nos acompañará hasta mas allá del sepulcro, por el recuerdo que dejaremos, recuerdo que será el ejemplo para nuestra familia que bendecirán el nombre de la mujer virtuosa, sublime y santa.

Ese recuerdo imperecedero, esa corona sencilla por su misma sublimidad, es la que de-

bemos alcanzar, y feliz yo mil veces, si pudiera contribuir á la perfeccion de un ser que es la personificacion de todo lo grande, noble y bello.

## II.

Nos hemos ocupado de la mujer y de sus deberes, como hija, esposa y madre, tanto en la vida social, cuanto en la del hogar doméstico, procurando demostrar, cuan necesaria, cuan indispensable, cuan importante, es tener por cuenta propia el cuidado de ilustrarse y de adquirir no solo una educacion profunda, sino la consideracion y el respeto, á que es acreedora conservando su virtud y su dignidad.

Podrá conformarse un ser inteligente y dotado de grandes condiciones intelectuales, á que se le considere únicamente como un objeto utilísimo pero superficial y el que cubierto de joyas y de blondas, halaga á la vista por un momento, para no dejar despues mas que el vacío?

La capacidad femenina, es incontestable, y sabido es que á una mujer se le debe la invencion de la pintura, si hemos de dar crédito á respetables y autorizadas opiniones, así como á otra hermosa criatura, la fundacion de los juegos florales, base de las sociedades de bellas artes: Corina vencedora de Polidoro; Tesálida, entusiasmado á las

doncellas arjivas con sus inspirados cantos; Safo, dejando un recuerdo inmortal por su talento, y en épocas ménos remotas, tantas y tantas mujeres sobresalientes en las letras, las artes y en la difícil ciencia de gobernar á los pueblos, no son suficientes ejemplos para demostrar, hasta donde llegan las condiciones intelectuales de la mujer.

Aún no hace largo tiempo publicóse en Francia un libro que lleva por título "Las mujeres: su pasado, su presente y su porvenir:" la señorita Marchet Girard, es la autora y ha obtenido merecidísimos elogios.

La condesa Dora d'Istria, ha dado al público otra obra: "Las mujeres en Oriente" no ménos elocuente, no ménos interesante é igualmente útil, que la anteriormente citada.

Por todas partes, se levantan campeones en favor de la ilustracion de la mujer, y hemos dicho *campeones*, porque cosa extraña, dado su carácter y sus costumbres—el hombre ilustrado, el hombre digno y que alberga sentimientos elevados é ideas de verdadero progreso, aboga porque sus hijas y sus esposas, adquieran educacion mas profunda.

Para juzgar el grado de civilizacion de un país, es preciso conocer el estado en que se encuentra la mujer: el hombre se enaltece y se eleva, elevando á la que lleva su nombre: envilecida la mujer, humilla al hombre y nada grande puede fomentarse, sin el poderoso auxiliar que el cielo otorgó á los que con frecuencia desconocen la importancia de su mision.

Jamas aconsejaríamos á nuestro sexo, una emancipacion, que le hiciera perder su mas poderosa influencia: la madre, la esposa necesita su ternura, su abnegacion, su indulgencia, su generosidad, su gracia y habilidad femenina, para conservar su pura y divina esencia de mujer; pero léjos muy léjos de ella la frivolidad, la ligereza, lo superficial, lo pequeño, lo mezquino que con frecuencia la desprestijia á los ojos del hombre: puede ser soberana á par que por sus gracias, por su dignidad y superioridad de su inteligencia, que siempre será reconocida y premiada si realmente posee esos dones.

Qué puede importar si en su camino encuentra séres, que no la concedan sino el puesto inferior que ha venido ocupando de largos siglos? será la luz y la sombra: el sol y las tinieblas; la violeta que seduce por su perfume, aunque escondida entre los matorrales: el progreso y la ignorancia: lo sublime ó lo pequeño. Luchará tal vez, pero con gloria y ventaja, pues á su lado tendrá al hombre de verdadero talento y de ideas civilizadoras.

La mujer al verse huérfana ó viuda, puede crearse un porvenir, una posicion y dar una educacion á sus hijos: lo conseguirá con las reducidas nociones que generalmente se la conceden? nó: únicamente vejetaria y ni casi lo necesario podria proporcionarse.

;; El resultado de los dos ejemplos; la educacion profunda y la superficial; dos épocas; el progreso y el oscurantismo: dos tipos; la

mujer ilustrada, digna, segura de sí misma y debiéndose así propia una posición honrosa, y la infeliz que vacila, que ignora el camino que debe seguir, que busca apoyo, y se encuentra ó reducida á depender de las demas, ó arrastrada por la miseria, al fondo de un abismo.

Con la instruccion, la virtud es mas fácil, no hay duda ninguna, pero es porque tambien se comprende mejor el bien y el mal y se evita éste, con enérgico esfuerzo.

Conocí en Viena, á una mujer de la clase media, tan notable por su instruccion, como por su belleza.

Verdad es que las vienesas, sobrepujan en inteligencia, y profundidad de conocimientos, á cuantas otras mujeres he conocido.

Ana, tenia dos hijos y enfermo á su esposo, hacia dos años; estaba paralítico: se desanimó, ni abatió aquella criatura? nó: profundamente conocedora de la teneduría de libros, habia conseguido, que en la casa de giro en donde tenia un puesto su marido, la admitieran á ella para desempeñarlo y con tal acierto cumplia su mision, que no solo satisfacía cuantas exigencias pudiera tener aquel cargo, sino que aún sobrepujaba á su esposo en conocimiento.

Era de ver aquella sublime esposa, levantarse con el alba; tomar las lecciones á sus hijos, atender á las necesidades del paralítico, ocuparse en cumplir todos sus deberes domésticos y dejando á un criado, encargado de lo mas mecánico, salir para su oficina,

de donde regresaba tranquila, contenta y satisfecha; el respeto y la veneracion la esperaban en todas partes: cuanto no debia ser su orgullo, al considerarse el único apoyo de séres tan queridos! sin la educacion que habia recibido ¿cómo hubiera conservado el bienestar de su familia? difícil hubiera sido por lo ménos con grandes privaciones, para sí y los suyos.

Queda pues establecido y demostrado, que la mujer compañera del hombre, tiene que instruirse por necesidad, por su propia ventaja y por utilidad general.

Si á sus naturales encantos, si á ese mágico don que la naturaleza le concedió, reúne la educacion sólida, los conocimientos que de ella formen un sér casi perfecto, qué podrá ambicionar mas? la belleza física cautiva, admira, seduce, embriaga tal vez con frecuencia, pero si la inteligencia es limitada, nunca podrá conseguir un reinado duradero.

La ternura de la mujer, la belleza, la abnegacion, el amor, cuántos sentimientos sublimes alberga en su alma, cuántas flores brotan en el perfumado jardín de su corazon, todas las perlas que encierra en la purísima concha de su inteligencia, serán eternas é imperecederas desarrolladas por la educacion y enaltecidas por las virtudes.

Su reinado como hija, esposa y madre, es sublime, es sin rival y su cetro será inquebrantable, cuando perfeccionada en su condicion social y libre de las trabas impuestas por el egoismo y la ignorancia,

aparezca tal y como la civilizacion exige.

El siglo XIX, será por sus adelantos, por sus maravillosas invenciones, por los cataclismos políticos que han cambiado la faz de los pueblos, y por los luminosos resplandores del progreso, poderosa palanca de las libertades, la página tal vez mas brillante de la historia, pero en su corona de gloria, descuellan como la joya de mas valor la mujer, no superficial, sino digna y elevada; no esclava sumisa convencida de su inferioridad, sino amiga y compañera del hombre, fuerte con su inteligencia y su ventajoso dominio y el que por medio del talento, la dulzura, la moral y la abnegacion infinita, dulcifica la condicion de aquel y con frecuencia le evita grandes males.

Imite cada mujer en particular á esas brillantes excepciones de los pasados siglos, y la Corina, Safo, Aspasia, Cristina de Suecia, madama Rolland, la Baronesa de Staël, Isabel de Castilla, Madame Necker y otras tantas que seria prolijo enumerar, tomarán nueva vida, ser mas perfecto y serán en el porvenir el verdadero lazo político y social; el génio reformador que con nuevas bases, mas sólidas y ménos tiránicas, haga encontrar al hombre, desconocidos deleites en la vida de la familia y mas atractivo en los círculos sociales.

Sea la mujer el apoyo eficaz de sus ancianos padres, la maestra y directora de sus hijos y la amiga cariñosa, la compañera indulgente, la hermana mas tierna del esposo, ba-

sando su poder en la estimacion y el respeto que se debe á la virtud y al talento y no en los efimeros goces de la materia ó del amor propio: á estos últimos los concluye el hastío y el tiempo; el primero resiste á todo y habitando en esferas ménos vulgares, encuentra en la conciencia de su superioridad, la indulgencia para esos seres que aun ciegos á la luz de la razon, en vez de regenerarse y elevarse, se arrastran en el fango y la degradacion.

La ilustracion, bien entendida, es el dique para los vicios: la ignorancia, es la nada, el caos, la fuente de todas las malas pasiones.

¿Cuál de los dos caminos es preferible?

**FIN.**

## GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(BIOGRAFÍA.)

Como un homenaje al talento, como un recuerdo cariñoso de admiración y de amistad sincera: cual ejemplo digno y sublime para la mujer, colocamos al final de este libro, la biografía de la escritora española mas ilustre de este siglo, de un génio á quien saludaban el eminente Quintana y don Juan Nicasio Gallego, con el nombre de *poeta*, por la varonil entonación de sus versos y lo elevado de su inteligencia, pareciéndonos que lo que escribimos hace años, servirá de poderoso apoyo á cuanto en estas páginas hemos expresado.

Esta biografía fué escrita al día siguiente de aquel, en que dejó de existir la autora de "Alfonso Munio" y cuando el sentimiento por la pérdida de una amiga querida, y el dolor de ver muda para siempre su privilegiada lira, embargaba por completo las facultades de nuestro sér: hoy como entónces, rendimos de nuevo el tributo que merece su nombre y su talento, y será tanto mas grato á nuestros lectores, cuanto que la emi-

nente poetisa, habia visto la primera luz en suelo americano.

Copiemos, pues, lo que entónces escribimos.

Con lágrimas en los ojos y con profundo dolor en el corazon, contristado el ánimo, y sin encontrar apénas frases que puedan expresar lo qué sentimos, vamos á ocuparnos de la irreparable pérdida que acaban de sufrir las letras españolas.

Gertudis Gómez de Avellaneda, viuda de Verdugo, ha muerto: decimos mal; su lira ha quedado muda para siempre; pues su nombre de generacion en generacion, será repetido con respeto, con admiracion y con entusiasmo.

¡ Séres como la ilustre autora de *Baltasar* y de *Alfonso Munio*, no mueren nunca!

Su estilo enérgico, sublime, varonil, sus versos armoniosos, la belleza de los pensamientos, lo castizo y puro de su lenguaje, la han colocado en el primer puesto del Parnaso español y de la literatura de este siglo.

Hija de la pintoresca Isla de Cuba, vertia en sus producciones toda la poesía que encerraba en su alma, la pasion y la impetuosidad, propias del carácter americano, revelando la grandeza de un poeta, mas bien que la inspiracion de una poetisa.

Sus ojos hablaban; su expresiva fisonomía conservaba la animacion de la primera juventud, y el génio iluminaba su semblante, como una aureola de inmarcesible gloria.

En el año de 1817 vió la luz en la pinto-

resca ciudad de Puerto-Príncipe, estando de comandante de marina en aquel puerto, su padre, don Manuel Gómez de Avellaneda, ya desde su mas tierna infancia escribió versos á pesar de la oposicion paterna, pues sabido es, que hace años no solo la mujer no podia ocuparse mas que de los quehaceres domésticos, sino que hasta se formaba desventajoso cobro de aquella, que descollaba por su inteligencia.

La hermosa cubana — pues á su privilegiado talento unia una belleza seductora, se trasladó á Europa algunos años despues, con motivo de la muerte de su padre y de haber contraido su madre segundas nupcias, y ya en 1840, cuando llegó á Madrid, sus preciosos versos habian empezado á causar admiracion en Málaga, Sevilla y Cádiz, aun cuando iban firmados con el seudónimo de la *Peregrina*.

Uno de los primeros que comprendieron el talento de la eminente cubana, fué el ilustre clásico don Alberto Lista; y la maestría, la correccion, el vigor, la riqueza de aquella imaginacion, no la hicieron considerar como á una mujer, honra de su sexo, sino como á un hombre que manejaba la lira de Safo, con la facilidad mas asombrosa.

Todos los que en este siglo alcanzáran en España, poéticos laureles, aquellos cuyos nombres quedarán como un recuerdo de la patria literatura en el siglo XIX, admiraron al inspirado vate y fueron sus entusiastas amigos.

La imaginacion de Gertrudis Gómez de Avellaneda, no necesitaba estímulo, pues brotaban sus creaciones como perlas de oro y lluvia de riquísimos diamantes, y cada una de ellas añadía una joya á su corona.

Las guirnaldas, la ovacion alcanzada con *Alfonso Munio*, no fué un homenaje rendido por el público al mérito de la obra; nó; era el del arte, el de la poesía, que recobraba su perdido esplendor en la tragedia clásica.

El cisne americano, continuó su brillante carrera, desafiando con su incontrastable talento á la envidia y á la calumnia, que siempre se han ensañado contra el verdadero génio, persiguiéndole hasta el sepulcro, en donde acaba la pequeñez humana y se levanta pura y sin nube alguna, inmortal y grande la gloria.

Muda durante algun tiempo la inspiracion de la gran escritora, renació mas radiante en el certámen de 1845, en el que el Liceo de Madrid, propuso un premio á las dos odas mas correctas que se presentaran, para ensalzar un acto humanitario de la reina doña Isabel II.

Dos salieron premiadas: una en primer lugar, que estaba firmada con el nombre de Felipe Escalada; y la segunda con el accésit, original de la señorita Avellaneda.

La sorpresa fué grande, pues todos ignoraban quien era el primero, aun cuando por sus elevados pensamientos y magníficos versos, merecia á no dudar, el premio, por mas que apareciera como un desconocido en la

olita de las letras; no se tardó mucho en saber, que oculta con el nombre de un hermano de madre, era la autora, la inspirada hija de los trópicos, y entonces el entusiasmo ciñó á sus sienes una corona de laurel de oro, la que al propio tiempo podría llamarse guirnalda fúnebre, pues interesado el corazón de la escritora con la pasión caballeresca del que entonces era jefe político de Madrid, le concedió su mano á pesar de la delicada salud del jóven.

A los triunfos literarios sucedieron los cuidados amorosos de la esposa; la solicitud apasionada y tierna de la mujer, por el hombre enfermo y próximo á descender á la tumba, y don Pedro Sabater, en los cortos meses que duró su matrimonio, vió siempre á la cabecera de su lecho á su compañera, como el ángel de caridad y de consuelo, que velaba su sueño y le asistía con cariñoso anhelo.

Generalmente las almas grandes, al verse combatidas por la desgracia, se encierran en sí mismas y ocultan su llanto en la soledad.

Gertrudis Avellaneda, al recibir el último suspiro de su esposo, al envolverse en las locas de la viudez, elevó su pensamiento hasta el cielo, y en esa region encontró la fortaleza que le era necesaria.

Cerca de un año permaneció en el convento de Loreto, en Burdeos, y cuando regresó á Madrid, aquel dolor mal cicatrizado aún, la alejó del mundo para vivir con sus recuerdos, y si bien resentida su salud, con-

tinuó escribiendo con la misma energía, con las galas y las bellezas, que á raudales se desprendían sin esfuerzo alguno de su creadora mente.

*Saul*, fué una de las admirables producciones de aquella época, recreándose el ánimo con sus sonoros, elevados y bíblicos versos, siendo no ménos notables los que encierran su *Hija de las Flores ó todos están locos*, y que le valieron uno de sus mejores triunfos escénicos.

La cantora del Tíñima, debió haber encontrado un puesto en la Academia, el cual no se le concedió, tal vez por rastreras envidias, por pequeñeces humanas, por debilidades indignas de los hombres de talento claro y de recto criterio, que no apreciaban entonces los destellos del génio sobre una frente femenina y que sin duda creían no podía aspirar la mujer, á igualar su inteligencia con la del hombre. ¡Triste preocupación, que fué causa de que se cometiera una injusticia!

Ampliamente recompensada por el público, de sus sinsabores, de las amarguras que la envidia y su hermana la calumnia, proporcionan á los que se separan de lo vulgar, para elevarse á las regiones ideales, vió de nuevo coronado su talento con los imperecederos laureles de *Baltasar*, rayando en locura el entusiasmo de los espectadores que escuchaban anhelantes aquella espléndida poesía, aquellas escenas de bellísimo efecto, sobre todo la del segundo acto, que represen-

ta el salon de Baltasar.

Olvídanse por completo del sitio en que se encuentran, y los himnos, los perfumes, las flores y el aparato escéuico, contrastan singularmente con el hastío, con la indiferencia, con el cansancio que revela el rostro del Rey al caer desfallecido en un divan, casi al propio tiempo que se fija la atención del público, en la hermosísima vírgen de Judá, en la virtuosa Elda.

Plumas ménos humildes que la nuestra podrán describir la elegancia de la forma, la delicadeza del pensamiento, el relieve de los menores detalles y la maestría con que la autora ha presentado á sus personajes.

*Baltasar* es un drama-poema con todas las bellezas horizontales, que conmueve, arrebatada y exalta las fibras del corazon humano; las del sentimiento, las del amor paternal, las de la pasion y á su vez las del honor, del heroismo y de la nobleza.

¡Qué pensamiento tan profundo encierran estos cuatro versos del tercer acto, que rugiendo de ira, recita Baltasar!

¡No son hermanos!... ¡Mentian!  
 Y yo encontrar pechos nobles  
 Pensé ¡iluso!... ¡La verdad  
 Yo quise hallar en los hombres!

.....  
 .....

El drama *Baltasar*, es la mas culminante gloria de la Safo americana, es una de esas

concepciones grandes, gigantescas, trascendentales en el mundo de la literatura; una estrella de tan brillantes resplandores, que ante ella se embotaron los venenosos dardos de la envidia.

Destinado su segundo esposo, don Domingo Verdugo, á pasar á la Isla de Cuba, á las órdenes del general Serrano, duque de la Torre, emprendió la poetisa el viaje á su patria, despues de veinte años de ausencia.

La habia abandonado muy niña y desconocida; volvía á pisar su fecundo y pintoresco suelo, engalanada con el laurel de la inmortalidad.

En la Habana, en donde tanto culto se rinde todavía al arte y al talento, en donde el mercantilismo, la política y la frialdad glacial que hoy invaden nuestra sociedad, ni cierran la entrada del corazon á las mas dulces sensaciones, ni al entusiasmo, fué el teatro en que *Tula Avellaneda*,—nombre cariñoso que la prodigaban sus amigos,—recibió el premio mas merecido, mas justo y mas grandioso.

La perla del golfo mejicano quiso honrar y honró á la hija que tanto la honraba á su vez, coronándola solemnemente en el Liceo con una riquísima corona de laurel de oro, que fué colocada sobre su cabeza por la señora condesa de Santo Venia, y por nuestra cariñosa amiga, la eminente poetisa cubana, doña Luisa Pérez de Zambrana.

¡Oh, cuán dulces, cuán conmovidos fueron los acentos que exhaló su lira en aque-

lla noche, que debió dejar en su alma un recuerdo eterno! Era el homenaje rendido al poeta de gran corazón y á la escritora mas ilustre de su siglo, y tal vez de tiempos pasados.

Han llegado hasta nosotros los mágicos acordes arrancados por una pasión ardiente á una griega inmortal: Alemania, Francia, Inglaterra, España, pueden citar algunas nobles escritoras y enorgullecerse con sus nombres; de hoy mas la ciudad de Puerto-Príncipe, podrá obtener la primacía, pues el talento de la moderna Safo, era tan original, tan luminoso y tan fecundo, que recorriendo todas las escalas, no encontraba dificultad alguna que no venciera, belleza que no realzara, oropel que no convirtiera en perla de gran valía.

Nadie ignora el siniestro atentado de que fué víctima en Madrid, don Domingo Verdugo, y en que demostró una vez mas su esposa, la valentía de su carácter, la abnegación y el cariño.

Aquella herida resintió notablemente la salud del bizarro militar, quien desde entonces buscó en baños el paliativo, y mas tarde en América, pudo creer por un momento que el cambio de clima influiría ventajosamente en su organismo, herido de muerte.

Alentado por los incesantes cuidados de su varonil esposa, vivió cuatro años colmado de atenciones y simpatías, á las que por su hidalguía y nobleza de alma, se hiciera acreedor en los diferentes puntos de la Isla

de Cuba, que recorrió.

Aquella época, fué una de las mas dichosas que disfrutó la eminente escritora, aun cuando su salud era bastante delicada y los padecimientos nerviosos no la permitian entonces escribir á sus mejores amigos, segun manifestaba en 24 de junio de 1863, á la autora de estas líneas, en una cariñosísima carta, sin embargo, disfrutó en su pais algunos aunque cortos dias de ventura, que la muerte de su buena madre, acaecida en Madrid, nubló por completo, sumiéndola en el mayor dolor; cuando la resignacion y la fé templaban su pesar filial, otra terrible y profunda desgracia, puso á prueba aquella naturaleza tan combatida y angustiada.

El 28 de octubre de 1863, víctima de unas calenturas que en sí no hubieran sido malignas, á no complicarse con el mal estado del pulmon, sucumbió don Domingo Verdugo, dejando tan rudo golpe, viuda y desolada á la impresionable hija de los trópicos.

Largo tiempo permaneció muda y velada su armoniosa lira, pues las amargas morales, aumentaban sus padecimientos físicos, sin que los viajes que emprendió, lograran devolver á su alma tranquilidad ni reposo.

La reina de Bétis, la risueña y pintoresca Sevilla, fué la poblacion elegida por nuestra inolvidable amiga para establecerse, en donde se ocupó de coleccionar sus obras, que después se publicaron en la imprenta y estereotipía de Rivadeneyra, sorprendiéndola en su estudiosa tarea la muerte de su

hermano, á quien amaba con singular predileccion.

De nuevo se extendió un velo fúnebre sobre sus trabajos literarios, haciendo decaer su ánimo esforzado, y puede decirse que desde entónces se entregó por completo en brazos de la religion y de la caridad, buscando en estos dos nobles y grandiosos sentimientos, el puerto para las tempestades de su vida, el faro que iluminó la sombría noche de su dolor.

La hemos visto en Sevilla y en Madrid durante sus últimos años; hemos contemplado la radiante luz del génio que se reflejaba en su semblante, y nos parece un terrible sueño, una inverosimil pesadilla el que aquella alma tan grande, aquel corazon tan entusiasta, esté hoy encerrado en los estrechos límites de un sepulcro.

¡Ay, y sin embargo es verdad! El dia 1º de febrero, á las tres de la madrugada, rodeada de su amante familia y auxiliada por la consoladora religion cristiana, se apagó para siempre su mirada y se extinguió la sublime inteligencia, que tantos dias de gloria habia dado á las letras españolas.

Su gigantesco nombre resonará, sin embargo, á traves de los siglos, y como hoy se celebra el natalicio de Calderon de la Barca, y el de génios no ménos grandes, se celebrará tambien el del *cisne cubano*, que á tal altura levantó la poesía lírica española, la dramática y la trágica, que de largo tiempo venia decaída y abandonada.

Séanos pues, permitido dedicar este humilde recuerdo á su memoria, como un tributo de sentimiento y de cariñosa amistad á la par que de nuestra mas ferviente admiracion por la poetisa-poeta, que ambos laureles forman su corona; pues si asombra por su enérgica bravura, conmueve por la suave armonía que resalta en algunos de sus preciosos versos.

Hemos comenzado esta pálida reseña biográfica, diciendo: ¡ Gertrudis Gómez de Avellaneda, ha muerto! nó: al cubrirla con algunas capas de tierra, al desaparecer materialmente del mundo en que tanto se sufre y llora, es cuando empieza á vivir; pues sobre la losa de su tumba, se levantan radiantes, soberanas, majestuosas, la gloria y la inmortalidad!

La Baronesa de Wilson.

*Madrid, 5 de febrero de 1873.*



# INDICE.

## PAGINAS

Una palabra al lector.....	VIII
Las perlas del corazon .....	XIII
Dedicatoria.....	XVIII
El por qué escribo.....	XXII
Prólogo.....	XXIX
Los primeros albores.....	1
Entrada en la Sociedad.....	26
Los Convites.—Los Prometidos.—El Matrimonio.	35
Los bautizos.—El lujo.—La ociosidad.—Las reu- niones íntimas.—El Té.....	71
Influencia del talento.....	86
Gertrudis Gómez de Avellaneda (BIOGRAFÍA.)....	99

